

**VOCES QUE PERVIVEN COMO ECOS EN LAS MONTAÑAS DE QUINTANA:
LAS NARRACIONES ORALES Y ENCUENTROS INTERCULTURALES EN LA
VEREDA DE QUINTANA, DEPARTAMENTO DEL CAUCA, PARA EL CUIDADO
DEL TERRITORIO-NATURALEZA**

Trabajo de grado para obtener el título de Magister en Estudios Interculturales



YENNIFER BIBIANA GAVIRIA HERNÁNDEZ

Asesor.

Mg. ALFONSO MARÍA GUZMÁN HOYOS

UNIVERSIDAD DEL CAUCA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

MAESTRÍA EN ESTUDIOS INTERCULTURALES

POPAYÁN

2023

**VOCES QUE PERVIVEN COMO ECOS EN LAS MONTAÑAS DE QUINTANA:
LAS NARRACIONES ORALES Y ENCUENTROS INTERCULTURALES EN LA
VEREDA DE QUINTANA, DEPARTAMENTO DEL CAUCA, PARA EL CUIDADO
DEL TERRITORIO-NATURALEZA**

Trabajo de grado para obtener el título de Magister en Estudios Interculturales

YENNIFER BIBIANA GAVIRIA HERNÁNDEZ

Asesor.

Mg. ALFONSO MARÍA GUZMÁN HOYOS

UNIVERSIDAD DEL CAUCA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

MAESTRÍA EN ESTUDIOS INTERCULTURALES

POPAYÁN

2023

Nota de aceptación

Director: _____

Mg. ALFONSO MARÍA GUZMÁN HOYOS

Jurado: _____

Jurado: _____

Lugar y fecha de sustentación: Popayán, 12 de Diciembre de 2023

Agradecimientos

A la gente de Quintana

A la montaña

A la abuela

A mi hermana

A la niña que quedó allí por siempre

A la sobrina que crecerá

Al sol que llegó a iluminar

Dedicatoria.

A los abuelos y duendes de Quintana

Tabla de contenido

Introducción	5
Evocando Colores en el Territorio de Quintana	7
Recorrer el Territorio para Revivir la Memoria.....	7
Capítulo I: Pensar el Territorio Mítico de Quintana	11
Oralidad, Pacto Narrativo y Lugares de Enunciación.....	11
El Territorio y las Nociones de Centro y Periferia	18
Capítulo II: Tejiendo caminos por los senderos de Quintana	25
El Fuego, los Rayos y el Duende: un Viaje hacia la Recuperación del Pacto Dormido...	25
Retorno al Nido: la Nostalgia del Fuego y del Hogar.....	31
El Reencuentro Absoluto: un Caminar por los Cerros y los Caminos.....	37
Refugios Rurales: La Construcción de Identidad en un Entorno Natural.....	48
Capítulo III: Encuentros y Diálogos Alrededor del Fogón	54
Primera Parada: los Habitantes Mágicos de la Vereda	54
Segunda Parada: la Defensa de la Montaña y las Supersticiones	65
Tercera Parada: los Secretos de las Guacas y la Protección de la Montaña	72
Cuarta Parada: la Identidad y los Mitos de Origen.....	79
Quinta Parada: los Relatos bajo Nuevas Textualidades.....	83
Capítulo IV: Finalizando el Camino	90
Bibliografía	96

Tabla de figuras

Figura 1 <i>Mapa político de Popayán</i>	7
Figura 2 <i>Ascenso al cerro Pusná</i>	8
Figura 3 <i>Amosaicamiento del paisaje de Quintana, desde el cerro Pusná</i>	10
Figura 4 <i>La caverna</i>	15
Figura 5 <i>El duende</i>	26
Figura 6 <i>Granizo morado en el cerro de Pusná</i>	27
Figura 7 <i>El fuego</i>	27
Figura 8 <i>Fogón de leña de la casa de la abuela</i>	29
Figura 9 <i>Mi abuelo</i>	30
Figura 10 <i>La casa de la abuela</i>	31
Figura 11 <i>Cartas familiares</i>	32
Figura 12 <i>Retorno a la inocencia</i>	33
Figura 13 <i>Casa vieja donde nacieron mis tíos (hoy ya no existe)</i>	34
Figura 14 <i>Espérame abuela</i>	36
Figura 15 <i>Finca ganadera de Quintana</i>	37
Figura 16 <i>Vista a Pululo</i>	38
Figura 17 <i>Celebración de la fiesta de la Virgen de la Asunción</i>	39
Figura 18 <i>El viajero</i>	40
Figura 19 <i>Obsidianas de Quintana</i>	41
Figura 20 <i>Quingos del cerro Pusná</i>	42
Figura 21 <i>La gran túnica gris de la “Montaña Viva” al sentirse invadida</i>	43
Figura 22 <i>Camino en el cerro Pusná</i>	44
Figura 23 <i>Los contadores de cuentos</i>	45
Figura 24 <i>Conociéndonos y ubicándonos en Quintana</i>	51
Figura 25 <i>Finca El Porvenir</i>	52
Figura 26 <i>El cerro y la tecnología</i>	56
Figura 27 <i>Casa de la abuela Yolanda</i>	58
Figura 28 <i>El guando</i>	59
Figura 29 <i>Trenza del duende</i>	61

Figura 30	<i>El duende de Quintana</i>	62
Figura 31	Fresas del Duende.....	65
Figura 32	<i>Cerro Pusná manso</i>	66
Figura 33	<i>El diablo en llamas</i>	68
Figura 34	<i>Imágenes de la virgen en la vereda Quintana</i>	69
Figura 35	<i>Virgen de la Asunción, parte alta del cerro Pusná</i>	70
Figura 36	<i>El caminante entre la neblina protectora</i>	71
Figura 37	<i>La torre, vista desde el cerro Pusná</i>	73
Figura 38	<i>El mirador</i>	78
Figura 39	<i>El perro guardián del cerro Pusná</i>	79
Figura 40	Cerro cargachiquillo	80
Figura 41	<i>Guerreros de piedra en Cargachiquillo</i>	81
Figura 42	<i>Vista aérea de la vereda Quintana, con el cerro Pusná de fondo</i>	82
Figura 43	<i>Pantallazo del chat familiar (1)</i>	85
Figura 44	<i>Pantallazo del chat familiar (2)</i>	86
Figura 45	<i>Foto antigua</i>	87
Figura 46	<i>Primeras comuniones, vereda Quintana</i>	88
Figura 47	<i>Cascada del río Vinagre y la Gruta</i>	88
Figura 48	<i>Abuela Yolanda</i>	91
Figura 49	<i>Vacaciones familiares en los años noventa</i>	92
Figura 50	<i>Casa de los abuelos</i>	94
Figura 51	<i>Somos gente de montaña</i>	95

Introducción

El mundo de la investigación es un vasto territorio lleno de caminos sinuosos y misteriosos, y uno de los senderos menos transitados se adentra en la experiencia personal del investigador y su relación con una comunidad en particular. ¿Quién diría que en el eco de nuestros propios recuerdos y emociones se esconde la clave para comprender la complejidad de fenómenos culturales?

En este viaje, me sumergí en las profundidades de la zona rural que una vez llamé hogar, un lugar donde los relatos orales se entrelazan con la misma esencia de la tierra que los habitantes cuidan con devoción. Mi misión era clara: explorar cómo estos relatos, llenos de sabiduría ancestral, nutrían la relación entre la comunidad y la naturaleza.

Para esto recordé mi vida en la ciudad, la universidad, los conocimientos adquiridos. Toda aquella experiencia necesaria para poder abarcar el tema que quería investigar. Sin embargo, el inicio de mi travesía fue marcado por la incertidumbre de una pandemia que, como un fantasma invisible, acechaba en cada esquina. Mi plan original involucraba a los niños de una pequeña escuela, donde la transmisión de historias entre generaciones era una práctica arraigada. Aquí, la idea era transformar esos relatos en obras gráficas y reflexiones que resaltarán la importancia de la tradición oral en la conservación de la naturaleza y el cuidado del territorio.

Sin embargo, las circunstancias impidieron que esta visión se materializara. La escuela cerró sus puertas, y el temor a la pandemia cubrió la zona como una sombra. La población, en un gesto de protección, cerró sus puertas al mundo exterior, y yo me vi forzada a esperar, como un visitante restringido en su propio hogar.

Fue entonces cuando decidí iniciar mi viaje, realizando una primera visita a un sabio local, un guardián de historias. Usando entrevistas con preguntas abiertas, recordé la sabiduría de mencionar a mis abuelos, quienes habían dejado huellas imborrables en la memoria colectiva. De esta manera, gané la confianza de la comunidad y me sumergí en los recuerdos compartidos, como un navegante perdido en las aguas de la nostalgia.

Mi recorrido por la tierra de mis orígenes me llevó a explorar las colinas y valles, mientras reflexionaba sobre mi propia infancia y cómo cada narración tejía los hilos de mi identidad con la de la comunidad. Cada relato se volvía un pincelazo en el lienzo de la memoria colectiva, revelando la magia oculta entre los pliegues del territorio.

Tras recopilar los relatos, los transcribí con meticulosidad y los clasifiqué en categorías que fueron surgiendo de mi viaje interior y exterior. Por una parte, los recuerdos del hogar y el fuego, experiencias íntimas mediante relatos que me vinculaban a la tierra y al hogar; en segundo lugar, relatos del territorio que construyen la identidad de los otros.

Finalmente, armé el rompecabezas de mi investigación al construir narrativas reflexivas que vinculaban las historias de la comunidad con mis propias reflexiones y experiencias. Aquí, los seres místicos, como el duende, emergieron como figuras especiales que guardan el territorio y equilibran las fuerzas de la vida terrenal. Como sabios de la naturaleza, enseñan, se enojan, molestan y cambian de camino, todo en nombre de la armonía.

En este viaje, descubrí que todas las historias, marcadas en mi alma y en la práctica de esta comunidad, nos llevan al corazón de nuestra niñez, donde seguimos siendo crédulos en la existencia de seres místicos que velan por el mundo. Son mundos que la escritura no puede capturar del todo, pues la palabra escrita es limitada y busca atrapar más que habitar. También por este motivo, mi trabajo está acompañado por ilustraciones digitales, realizadas por un maestro en artes que estuvo cerca a los relatos y que quiso plasmar su esencia en ellas.

La oralidad rural es un canto a la naturaleza y a la memoria colectiva, una danza en la que cada relato es una nota que armoniza la vida en la tierra. Desde este enfoque, es importante trascender las fronteras tradicionales entre el investigador y el objeto de estudio y, de alguna manera, revelar la magia que se esconde en las palabras y en los relatos compartidos en las zonas rurales, donde la naturaleza y la cultura convergen en un abrazo eterno.

El resultado que van a leer se divide en cuatro partes: la primera se centra en mi cuestionamiento desde la academia: ¿qué ideas me servían para comprender mejor el recorrido? La segunda se centra en la memoria, en el recuerdo del territorio familiar y de sus relatos; un viaje interno de introspección y reflexión. Luego, una sección dedicada a los nuevos relatos, un viaje por los caminos de la memoria colectiva y el territorio de Quintana. Finalmente, algunas reflexiones desde la calma del viajero que retorna a su hogar.

Evocando Colores en el Territorio de Quintana

Recorrer el Territorio para Revivir la Memoria

Figura 1

Localización Municipio de Popayán



Nota. Archivo suministrado por Paulo Alberto Gaviria.

La vereda Quintana se encuentra ubicada al noreste del casco urbano del municipio de Popayán, en el departamento del Cauca, Es un territorio habitado por comunidades campesinas e indígenas (Nasa, Coconucos), entre otros habitantes que se han asentado en este “terruño”. Sus habitantes conviven en ambientes naturales, siendo un lugar de abundantes reservas hidrográficas, relieves montañosos y un componente vegetal representado en flora nativa, relictos de bosque aislados que crecen junto a los caminos de tierra y grandes zonas de potreros.

Ubicada en la cuenca del río Cauca, un gran porcentaje de su área está en praderas. Cuenta con piso térmico templado. La ganadería es su principal renglón productivo; se maneja de forma extensiva, extractiva con alto costo ambiental.

Quintana se acompaña por múltiples elementos del paisaje que como hilos de colores tejen la región: desde los relictos de bosque que llegan hasta los límites con el páramo donde habitan aves como los Clarineros, las Urracas azules, los escurridizos Tororois y donde sobrevuelan Caracaras o Guaraguaos, hasta las huertas caseras donde crecen las plantas aromáticas como la Hierbabuena, Ruda y Manzanilla; desde los antejardines colmados por Bailarinas, Bromelias, Geranios, Pensamientos, entre otra abundante variedad de especies de plántulas propias del piso térmico; desde las extensas zonas de pastoreo que han existido desde épocas coloniales cuando eran grandes haciendas, hasta los cercos vivos, los arbustales como Flor de mayo, Caspe, Caimo, Tachuelo Nacederos, Lecheros y Palicurias al lado del camino, pequeños grupos de robledales.

La vereda de Quintana, con su vasto territorio, se dibuja como un lienzo donde la naturaleza y la humanidad se entrelazan en una única realidad. Este paisaje, salpicado de afluentes, montañas, bosques, cuevas y enormes piedras, adquiere un carácter misterioso y mágico en la narrativa de sus habitantes. Estos elementos naturales parecen tener vida propia, ocultándose a la vista de los visitantes externos e incluso a veces de los locales, como si estuvieran ofendidos por la intrusión constante de los humanos. Por eso, los locales los describen como encantados o "montañas vivas".

Figura 2

Ascenso al cerro Pusná



Nota. Fotografía. Elaboración propia.

La comunidad indígena y campesina de Quintana se encuentra ubicada al nororiente de Popayán a una distancia de 22 kilómetros de esta cabecera municipal, entre Popayán y Totoró. Habitan en la zona donde nace y corre el río Las Piedras, del cual la capital del departamento del Cauca toma sus aguas para su abastecimiento principal. Estas tierras se extienden y abarcan a la subcuenca de los ríos Palacé, Robles, y se constituyen como una de las zonas de amortiguamiento del Parque Nacional Natural Puracé, además de que se embellecen con los cerros de Carga Chiquillo, Toma Aire, Cuaré y Pusná, con los cuales estas comunidades tejen relaciones. Estas montañas traspasan los planos de lo biológico y lo ambiental y se convierten en elementos culturales (Moreno, 2005).

En la cuenca se identifican cuatro actores sociales fundamentales: la Asociación Campesina Municipio de Popayán Red de Reservas Naturales (Asocampo), la Asociación Campesina de la Vereda Quintana (Asoproquintana), el Cabildo Indígena de Puracé y el Cabildo Indígena de Quintana. Los primeros dos están integrados por la población campesina y los últimos dos por la población indígena.

En Quintana con la consolidación de Asocampo parte de sus objetivos han estado enfocados en la consecución de la declaración como Zonas de Reserva Campesina (ZRC) de varias áreas en Quintana. Esta, es una figura jurídica creada como ley para el año de 1994, mediante la Ley 160 y regulada por el decreto 1777 de 1996, así como por los Acuerdos 024 y 10 de 1999, del entonces Instituto Colombiano de Reforma Agraria (Incora). Esta figura fue una concesión estatal que estableció el compromiso de crear zonificaciones puntuales para dar titulación a tierras baldías en regiones donde la frontera agrícola estaba aún abierta.

El resguardo de Quintana comenzó a consolidarse en 1971 durante un período de recuperación de tierras. Un testimonio de este proceso histórico nos proporciona una visión más detallada:

Varios grupos se unieron gradualmente a la iniciativa organizativa. En aquel entonces, cuatro de ellos tomaron la delantera: San Isidro, San Ignacio, El Canelo y San Juan, formando una asamblea de grupos. Posteriormente, se designó un cabildo interno denominado Justiniano Lame. Sin embargo, este nombre cambió debido a la aparición de un estudio socioeconómico realizado por el Incora en 1948, conocido como Plan Quintana. Basándose en este estudio, se adquirieron dos propiedades en las veredas de San Ignacio y San Isidro, las cuales se establecieron como empresas comunitarias. Por

esta razón, la asamblea del cabildo indígena Justiniano Lame decidió cambiar su nombre a Cabildo Indígena de Quintana en 1983. Este proceso sirvió como modelo para otras comunidades que posteriormente se sumaron al movimiento, y que motivó la realización de un estudio étnico. (Institución Educativa del Resguardo de Quintana, s.f.).

En 1987 se reúnen cinco mayores del territorio con INDERENA (Instituto Nacional de los Recursos Naturales Renovables y del Ambiente), ASUNTOS INDIGENAS, INCORA y el acompañamiento del Concejo Regional Indígena del Cauca (CRIC) y el cabildo. A partir de dicha congregación se declara al territorio con respecto a su origen como Nasa. A partir del año de 1990 se obtiene el título del Resguardo Indígena de Quintana (Argumero, 2012).

Figura 3

Amosaicamiento del paisaje de Quintana, desde el cerro Pusná



Nota. Fotografía. Elaboración propia.

Capítulo I: Pensar el Territorio Mítico de Quintana

Crecí escuchando espantos y siempre me fascine por las historias orales. Siempre que había el espacio en la escuela, en el colegio, en la universidad, e incluso hoy como docente, el mejor momento para mí era el que develaba que aún persisten en nosotros los relatos de los antiguos, como cuando en un momento alguien nombra un duende, una bruja convertida en ave que sobrevuela los techos, un ave de mal agüero que anuncia desgracia y muerte, un bosque hechizado que hace perder a sus caminantes, una montaña que se nubla y amenaza con latigar con rayos aquel que osa invadirla... En ese instante, otra voz se activa contando su historia, otro tímidamente levanta la mano para ofrecer su anécdota, y es como si se diera paso a un ritual: todos centran sus ojos sobre aquel que narra y olvidan el presente inmediato, los espacios se llenan de una atmosfera que nos invita a acercarnos más y estar atentos, porque en cualquier momento alguno de estos seres podría atravesar las paredes, tirar piedritas en los techos, provocar llantos en la distancia. En un acto de magia generado por las palabras: los sentidos se agudizan y todos estamos conectados; se desencadena un viaje por la memoria que se ambienta con un silencio colectivo que nos permite vernos, reconocer en ese instante que todas esas historias, anécdotas y relatos hacen parte de una memoria colectiva que es necesaria para vivir este presente y avanzar hacia el futuro, al igual que valorar el legado, los elementos culturales e identitarios que permiten aferrarnos a nuestras raíces, nuestro territorio. Al estar en la universidad, rodeada de paredes de cemento, la necesidad de volver a este mundo mágico fue la que originó esta investigación, que inició por preguntarme dos cosas principales: ¿qué es la tradición oral? ¿Cómo se construye una identidad en torno al territorio y el cuidado de la naturaleza?

Oralidad, Pacto Narrativo y Lugares de Enunciación

En un comienzo, para mí era importante entender qué eran los relatos orales, cómo se integra el habla con el pacto narrativo de escuchar realmente un relato, pero también comprender la evolución de los espacios en que estos se dan: desde los rurales, como la cocina y la montaña, a los ciudadanos, como las reuniones o espacios educativos. En este sentido, establecer si desde el habla tradicional puede generarse un espacio de resistencia frente a la globalización que impone

discursos lejanos a lo local. Al pensar en esto, conocí algunos autores que me ayudaron a definir tanto el concepto de oralidad como a entender la importancia de los espacios de enunciación y los pactos narrativos. En primer lugar, me parece importante establecer la diferencia que existe entre hablar y escribir. Para Ricoeur (1998), el habla es la lengua puesta en acción, mientras que la escritura fija el habla para su conservación. Esto lo amplía Ong (2016) al afirmar que hay diferentes estructuras mentales entre el habla y la escritura: de la primera establece que “las palabras son acontecimientos, hechos” (Ong, 2016, p. 38) inmediatos, por lo cual requiere de su constante transmisión y repetición para que no quede en el olvido; de hecho, plantea que es el habla sigue una fórmula, en el sentido de que usa trucos memorísticos y acumulativos. Frente a esto, Ong plantea que la escritura es fija “porque el discurso escrito está separado de su autor” (Ong, 2016, p. 81) y por tanto evita el uso del ejercicio de recordar y hacer uso de la memoria. Respecto a esto, Ricoeur reafirma que en el discurso oral existe una función referencial que remite a una realidad presente en el contexto comunicativo, lo cual no ocurre en el texto, puesto que el sentido es interceptado (mediado) por el autor (Ricoeur, 1998). Sin embargo, a diferencia de Ong, le otorga cierta cualidad al proceso de lectura de un texto escrito: afirma que la interpretación que se da en la lectura es la que crea la referencia (es decir, es el lector el que, de acuerdo a su contexto, establece una referencia en la cual posiciona el texto). Por lo tanto, en la literatura se da un desplazamiento del mundo real que da lugar a la creación de un imaginario literario (que constituye la referencia del texto) (Ricoeur, 1998).

Desde estas lecturas, empecé a darme cuenta de que hay dos formas desde las cuales puedo valorar la tradición oral. La primera es desde el buscar los relatos más puros y alejados de la escritura, aquellos que se han transmitido de generación en generación y que pueden ser realmente vivenciados en espacios propicios para esto; relatos que no están mediados o corrompidos por visiones del mundo que tienen una intención distinta a la de conservar y habitar ese mundo oculto. La segunda es considerar la influencia que la ciudad y su forma de vida ha podido tener sobre estos relatos: cómo esta pudo haber cambiado la visión de los seres de la naturaleza, introduciendo juicios morales o religiosos, e incluso llegar a entender cómo las nuevas formas de comunicación podrían alterar la visión de estos mundos mágicos distantes. Cómo la tradición popular, siempre dada a clasificar lo desconocido como "bueno" o "perverso", no ha sido indiferente ante la presencia de seres elementales.

Un ejemplo de esto está en mi infancia: en ella me veía rodeada por los pinos en los que vivía el duende. La casa de mis abuelos era cubierta por la sombra de estos árboles, que la mantenían oculta. Siempre había atmosfera para el ritual del contar. Era mi momento preferido, tanto así que me iba a buscar al duende al río y en medio de los árboles, de día. Nunca lo encontré, pero lo escuchaba cantar merodeándome. Yo quería que me llevara a volar para sobrevolar las montañas más altas que rodeaban la casa de mi abuela. No niego que me daba miedo porque su aspecto, de acuerdo a los relatos, era de un ser desagradable. Sin embargo a pesar del miedo me decía a mí misma: volar y comer chocolate, así fuera de boñiga de vaca (no debe ser tan malo), pero imaginarlo corriendo tras de mí me hacía repensar continuamente ese pensamiento: a veces el duende era solo un ser juguetón, otros un ser malvado o uno que solo buscaba recuperar y habitar los lugares que una vez estuvieron cubiertos por bosques, como la casa de los bisabuelos a la orilla del río que fue abandonada, y este ser se fue a habitarla hasta que esta se cayó y el monte empezó a recuperar lo suyo.

De lo anterior, queda claro que hay una diferencia notable entre el relato oral que se alimenta de la experiencia y el relato escrito que se vale de la imaginación mediada por el autor. El primero funciona como una confirmación de la tradición, pero especialmente de su función social. Para Casalmiglia y Tusón (1999), la función social básica y fundamental de la oralidad consiste en permitir las relaciones sociales, pues la mayoría de las actividades cotidianas se llevan a cabo a través de la oralidad; tanto que las relaciones se interrumpen cuando se deja de hablar a alguien. En este sentido, mientras la lectura es una actividad solitaria y reflexiva, el relato oral es una actividad colectiva y pragmática.

El relato oral, entonces, es una actividad comunitaria, un hecho que se pone en evidencia mediante los ritos de comensalidad y oralidad que van ligados al arte de contar y cuya función primordial es estrechar las relaciones de los miembros del grupo o comunidad, promoviendo la reflexión, la adecuación de la historia y el esfuerzo por conservar los vínculos sociales a través de la oralidad y crear una serie de imágenes narrativas que definen la identidad colectiva.

Este contar como actividad implica un pacto narrativo, es decir, una disposición del narrador y de los escuchas a involucrarse en el relato contado. Sin embargo, este pacto tiene algunas diferencias al que se pensaría en una actividad de lectura de un texto escrito. En este, según Barthes (1970), la voz que narra en el relato no es la del que escribe en la vida real, y por tanto no es el autor el que existe en el relato. Esto quiere decir que para entender un texto escrito

hay que olvidarse del autor y centrarse en indagar por la voz del personaje narrador y entender el mundo desde su perspectiva; pensar el mundo imaginario desde su propia lógica. En la oralidad, esto ocurre de la misma forma, solo que el mundo imaginario trasciende su ficción y se mezcla con la realidad en forma de recuerdo mítico. Así, mientras en la literatura el enfoque está en el comprender y analizar el nuevo mundo, en la oralidad la idea está en recuperar la memoria perdida. Para Benjamin (1991), es precisamente la renuncia a la explicación excesiva y la profundidad psicológica que pueda darle el autor, lo que hace que la narración oral sea efectiva:

Nada puede encomendar las historias a la memoria con mayor insistencia, que la continente concisión que las sustrae del análisis psicológico. Y cuanto más natural sea esa renuncia a matizaciones psicológicas por parte del narrador, tanto mayor la expectativa de aquélla de encontrar un lugar en la memoria del oyente, y con mayor gusto, tarde o temprano, éste la volverá, a su vez, a narrar [...]. El aburrimiento es el pájaro de sueño que incuba el huevo de la experiencia. Basta el susurro de las hojas del bosque para ahuyentarlo. Sus nidos —las actividades íntimamente ligadas al aburrimiento—, se han extinguido en las ciudades y descompuesto también en el campo. Con ello se pierde el don de estar a la escucha, y desaparece la comunidad de los que tienen el oído atento. Narrar historias siempre ha sido el arte de seguir contándolas, y este arte se pierde si ya no hay capacidad de retenerlas. Y se pierde porque ya no se teje ni se hila mientras se les presta oído. Cuanto más olvidado de sí mismo está el escucha, tanto más profundamente se impregna su memoria de lo oído. Cuando está poseído por el ritmo de su trabajo, registra las historias de tal manera, que es sin más agraciado con el don de narrarlas. Así se constituye, por tanto, la red que sostiene al don de narrar. Y así también se deshace hoy por todos sus cabos, después de que durante milenios se anudara en el entorno de las formas más antiguas de artesanía. (Benjamin, 1991).

Esta idea de sentir y vivir más que pensar y analizar, es la base del pacto narrativo presente en la oralidad: es una ficción que exige pertenecer a la realidad y que requiere de la absoluta entrega del oyente. El relato se construye desde una experiencia real y transmisible hacia los escuchas. No requiere ser compleja. Simplemente debe contarse de tal forma que haga eco en los oyentes y los traslade a sus propios recuerdos. Tampoco es una historia de autor, pues su carácter acumulativo hace que todos puedan apropiarse de ella y contarla en sus propios términos.

Recuerdo una tarde, bajo una nube densa que cobijaba el camino, salíamos desde la casa de los abuelos con nuestras boticas de caucho a apartar el ganado con un perrero (que es un palito que tiene atado una tira de rejo para jugar a las vacas para que avancen). Los perros de la casa eran quienes nos acompañaban cuando teníamos que ir solos; siempre era una peleadera con mi hermano y hermana para decidir a quien le tocaba apartar. En ese entonces yo le tenía mucho miedo al duende y el abuelo contaba que él siempre que iba a dejar el ganado al frente de la casa al otro lado del río, la duenda, que estaba enamorada de él, le ayudaba arriando el ganado. Yo no quería que el duende ni la duenda me ayudaran, no quería verlo salir de ningún matorral y montarse sobre una vaca para jinetearla hasta la manga. Luego de apartar, la devuelta era lo que más temía, porque ya sin el ganado uno se siente solo y los perros siempre se adelantaban. Justo cuando uno pasaba el puente, por ahí al ladito había un matorral grande que cubría una quebradita que alimentaba el río, la cual también tenía alrededor varios árboles de arrayan y borrachero. Justo por ahí venían las miradas: uno veía con recelo para todos lados esperando encontrarse con algunos ojos saltones merodeando entre los arbustos, descolgándose entre los árboles. Mis sentidos se agudizaban, el corazón se aceleraba. Cuando de repente empezaba a cantar el duende, me ponía a pensar si me estaba ayudando a arrear el ganado o me estaba asustando, y salía corriendo hasta un clarito que ya es subiendo para la casa de los abuelos y donde ya me sentía tranquila y fuera de peligro porque en la ausencia de matorral y bosque, las miradas, los sonidos y demás cesan.

Figura 4

La caverna



Nota. Ilustración digital del maestro Jason Correa.

En este recuerdo anterior, las teorías leídas confluyen: en el campo existe una gran tradición oral que se ha transmitido de generación en generación. Es muy posible que el relato original de la aparición del duende haya sido muy diferente, incluso que no tenga nada que ver con el relato de mi abuelo. Sin embargo, se conserva una esencia: hay un ser elemental en el bosque, benévolo o maligno, que habita en él y que interactúa con los seres humanos. Cada interacción nueva va sumando a la experiencia vivida y amplía el relato, permitiendo que el narrador de turno lo apropie en su propia existencia, pero también otorgando un sentido y significado fuerte al lugar en que ocurrió el hecho.

A partir de esta idea del pacto narrativo entre el narrador y el oyente, es posible afirmar que hay una familiaridad y emocionalidad respecto al lugar de enunciación de estos relatos. No es gratuito que la idea de formar una micro comunidad en torno al relato tenga tanta fuerza en los individuos, y es precisamente por la idea del nido, planteada por Benjamin. Bachelard, amplía esta idea, afirmando que se construye desde la idea del hogar y su recuerdo, pues este brinda seguridad y “abrigo del frío y del hambre” (p. 47). En los relatos antiguos, e incluso en algunos modernos, es común observar que el inicio consiste en una reunión de personas en torno al fuego, para contar historias, desde Scherezada hasta los relatos de terror del siglo XIX. Es esta intimidad la que hace que propicia el relato, pues promete seguridad y unidad frente al relato que se va a narrar. En sus palabras:

Y el umbral aquí es el umbral acogedor, el umbral que no impone por su majestad. Ambas imágenes: el nido en calma y la vieja casa, tejen sobre el telar de los sueños la tela tupida de la intimidad. Y las imágenes son simples, sin ninguna preocupación de pintoresquismo. El poeta ha sentido exactamente que una especie de acorde musical iba a resonar en el alma de su lector por la evocación del nido, de un canto de pájaros, de la atracción que nos llama hacia la vieja casa, hacia la primera morada. Pero para comparar tan dulcemente la casa y el nido, ¿no es preciso haber perdido la morada de la felicidad? Oímos un ay en ese canto de ternura. Si se vuelve a la vieja casa como se vuelve al nido, es porque los recuerdos son sueños, porque la casa del pasado se ha convertido en una gran imagen, la gran imagen de las intimidades perdidas. (Bachelard, 2000. p. 100)

En este aspecto, es importante diferenciar, al igual que con la palabra escrita y la palabra oral, los lugares propicios para desarrollar el pacto narrativo; esto, desde la oposición entre ciudad y ruralidad. Bachelard hace una comparación de las grandes ciudades con cajas

superpuestas, sin raíces, ausentes de cosmicidad y en donde la naturaleza ya no existe (Bachelard, 2000). Esto lleva a pensar que la construcción de relatos en las grandes orbes tienen un carácter más global, alejado del relato oral y de lo mítico natural, lo cual puede justificarse desde Maffesoli, quien afirma que los espacios de socialidad en las ciudades se crean en la proximidad de los individuos y en la lucha de estos contra los poderes extrínsecos (institucionales) presentes en los núcleos más “civilizados” (Maffesoli, 2007). Así, se puede decir que los relatos de la ciudad se acercan más a la reflexión del individuo sobre su situación en un mundo globalizado, lo cual contrasta directamente con la función de los relatos en la parte rural. Benjamin (1991) afirma que en la tradición oral hay dos tipos de narradores: el viajero y el anciano. El primero, es aquel que recorre el mundo y vuelve a su lugar de origen a contar las maravillas vistas, mientras el segundo recopila constantemente las historias tradicionales y las repite con maestría. Lo que tienen en común estos narradores es precisamente lo asombroso e íntimo de sus relatos. Al ser orales, no buscan explicar detalladamente el mundo, sino maravillarlo al oyente, y de esta forma lograr un vínculo de comunidad. Sus relatos no ocurren en la soledad reflexiva de un escritor de ciudad, sino en la intimidad de un círculo en torno al fuego.

Gracias a estas lecturas, he podido construir una idea de lo que para mí es el relato oral:

Primero, más que un conocimiento es una forma de existencia. Un relato oral existe en la memoria y en el ritual de narración y de escucha. Esto crea un mundo mágico que transforma la realidad y la naturaleza, e incluso la forma de vivir y habitar el territorio. Muchos de los sonidos que de niños escuchábamos estaban asociados a duendes, espíritus y demonios que vigilaban y que, para mí, protegían la naturaleza. Hoy quizás ahora tengo un espectro más amplio, en tanto los percibo de manera diferente: por un lado siguen siendo los vigilantes y protectores y por otro los espíritus burleteros, castigadores y endemoniados; por otro lado, aluden a la variedad natural propia de Quintana y la necesidad de su conservación. Tanto los búhos, como el *Nyctibius*, así como las lechuzas, han sufrido las consecuencias de historias. Diversas particularidades de su fisiología han contribuido a la lamentable reputación que arrastran. Sus hábitos crepusculares y nocturnos, sus llamados enigmáticos y sus grandes ojos, que a menudo parecen casi humanos, han avivado la creencia en su vinculación con lo macabro. Es importante señalar que, a pesar de su reputación negativa en la cultura popular, estas aves desempeñan un papel crucial en el control de plagas y no representan amenaza alguna para los seres humanos.

Segundo, la narración oral une a las personas. El pacto narrativo que se logra en la escucha y el habla es producto de un recuerdo casi mítico de las reuniones en torno al fuego y al hogar, que recuerdan la seguridad y el cobijo de este. Por tanto, la idea del hogar y la familia es vital para entender cómo funcionan los relatos. Aquí, es de igual importancia la figura de los ancianos, pues son estos los maestros en el arte de narrar. Nuestros ancianos, esos venerables guardianes de la memoria colectiva en nuestras comunidades, representan un vínculo inapreciable con el pasado. Son los mismos seres que, en nuestra infancia, nos envolvieron con sus narraciones, transmitiéndonos enseñanzas acerca de la vida y la naturaleza, y tejieron los hilos que nos conectan con las antiguas tradiciones de nuestros antepasados. En estos tiempos recientes, lamentablemente, muchos de ellos han cruzado el umbral de la existencia sin la oportunidad de despedirse de sus seres queridos. Es hoy cuando nos pesa la falta de palabras que nunca pudimos compartir en este mundo voraz y vertiginoso que nos ha tocado enfrentar. No obstante, a pesar de su ausencia física, sus historias y enseñanzas perduran como tesoros en nuestra mente y en nuestras costumbres, una herencia que trasciende generaciones. Y es este último aspecto, el de la memoria y la añoranza el que puede justificar mi investigación. Como planteaba Bachelard, el poeta que retorna al nido a veces lo hace en su memoria, en el recuerdo de lo que este representa. Desde mi perspectiva, como habitante de la ruralidad y la ciudad, me pongo desde la perspectiva de viajante que trata de unir ambos mundos, pero respetando sus diferencias, a veces irreconciliables.

Tercero, existen lugares propicios para la narración oral. Actualmente, las ciudades van perdiendo los lugares de reunión en pro de una mayor eficiencia a la hora de vivir cómodamente. Sin embargo, la idea del fuego y del hogar es algo que debe estudiarse, especialmente por la relevancia que la cocina tiene en los hogares colombianos.

El Territorio y las Nociones de Centro y Periferia

Todos los árboles de la tierra se concentrarán al cabo en uno, que dará en lo eterno suavísimo aroma: el árbol del amor: -¡de tan robustas y copiosas ramas, que a su sombra se cobijarán sonrientes y en paz todos los hombres! (Martí, 2010)

Una idea que siempre estuvo en mi mente y que fue cobrando relevancia en la universidad fue la diferencia entre cómo valoran la tierra en el campo y en la ciudad. Aparte de

lo obvio, que sería la relación del campesino con su tierra en términos de subsistencia, y el aparente desprecio y desconocimiento del ciudadano respecto a lo “sucio” de la tierra, lo importante yace en las relaciones de identidad que se producen. El primer encuentro con esto fue con lecturas de José Martí. Pensador y revolucionario, vivió en la época de la Independencia de América, y fue uno de varios pensadores que se preguntaron por la identidad del continente tras su nueva libertad. En la universidad conocí un poema de su autoría que me hizo reflexionar sobre una incomodidad que sentía y que no lograba poner en palabras:

Odio la máscara y vicio	Que arde y brilla en el crisol:
Del corredor de mi hotel:	
Me vuelvo al manso bullicio	A mí denme el bosque eterno
De mi monte de laurel.	Cuando rompe en él el Sol.
Con los pobres de la tierra	Yo he visto el oro hecho tierra
Quiero yo mi suerte echar:	Barbullendo en la redoma:
El arroyo de la sierra	Prefiero estar en la sierra
Me complace más que el mar.	Cuando vuela una paloma.
Denle al vano el oro tierno	
(Martí , 2010)	

Al ahondar más en el pensamiento de Martí, descubrí que la búsqueda de identidad en América se vinculaba siempre con la idea de la tierra. Una de las influencias de Martí fue Emerson, y al compararlos pude encontrar algo fundamental: el lugar en que se nace y se crece determina la forma de pensar la relación con la tierra y de qué manera esta define la identidad. Por una parte, estaba ese filósofo y escritor estadounidense de clase alta, miembro de las élites intelectuales de su país, promulgando la idea de un “hombre nuevo” que se convirtiera en autor de su propia vida, sin depender de nadie. Un autor que se basó en su amor por el Romanticismo e Idealismo alemán para crear un modelo de pensamiento que puede resumirse en la frase: “un jardín bien diseñado hace que el aspecto del país no tenga importancia; sea miserable o elevado, grande o mezquino, contamos con una morada digna para el hombre” (Emerson, 2009). Es decir, buscaba crear una nueva arcadia en América, un hogar ideal para los pensadores, uno que estuviera vinculado con la belleza de un jardín edénico.

Por otra parte, Martí provenía de un contexto distinto que lo hace más realista, de cierta forma. Él podía ver realmente la condición de pobreza de los suramericanos, precisamente por las condiciones desiguales presentes en los antiguos virreinos españoles. En este caso, su diferencia radica en la ubicación geopolítica en que han vivido, en lo que plantea Mignolo (2010) respecto al conocimiento y su lugar de producción: antes que pensar se existe geopolíticamente. Es decir, nacemos en un entorno que nos limita o promueve de acuerdo a sus lógicas de dominación, y el pensamiento que logremos va a depender precisamente de estas condiciones iniciales. Desde esta noción, me surgieron dos ideas que voy a desarrollar: la primera, la diferencia entre centro y periferia, y cómo esto afecta la cercanía al territorio, y la decolonialidad como forma de rescatar y re valorar los relatos tradicionales fuera del pensarlos desde afuera, desde ópticas occidentales.

Para desarrollar la primera idea, me interesó leer los planteamientos de Wallerstein (1997), quien define una teoría del sistema-mundo, en donde precisa a la economía desde centros en donde hay un éxito capitalista frente a periferias dependientes y dominadas. Esto crea una relación desigual en la distribución de bienes y beneficios, creando divisiones y distinciones en todos los aspectos sociales, culturales y estatales. Sin embargo, resulta más pertinente aplicar las ideas de este autor en un entorno más cerrado, y no global. En el contexto del Cauca, históricamente se ha dado una división tal y como la propone Wallerstein: la capital, Popayán, como receptora económica y cultural, en donde vivían familias de apellidos nobles y que poco a poco se hicieron dueños de grandes tierras. Esto creó una relación de vasallaje en el campesinado, además de una división cultural marcada especialmente por grandes esclavistas como Valencia y Arboleda. En términos políticos, incluso se ha visto una diferencia entre el pensamiento conservador de la clase alta que permanece y el liberal de los campesinos, más interesados en conservar sus costumbres y tierras.

Desde tiempos de la colonia, ha habido estereotipos que estigmatizan y desvalorizan a los moradores de los pueblos de montaña. Desde su óptica, se les ve como inferiores por su legado cultural y espiritual. Gonzalo Castillo (1975), explica la respuesta de los indígenas a las condiciones posteriores a la conquista como una “fuga hacia un mundo interior espiritual donde cierran las puertas de sus almas frente a los conquistadores de su mundo exterior” (1975:95). En otro lugar dice: “al mestizo no le es posible erradicar de su interior el componente indígena; sin embargo, lo reprime cuidadosamente para ganar el reconocimiento de una pequeña aristocracia

criolla que ha asimilado los prejuicios racistas de sus antepasados” (Castillo 1975:117). Es decir, hay una división esencial entre pueblos generada por la llegada e imposición cultural de un tercero. Históricamente, esto tiene dos justificaciones: la primera tiene que ver con el afán europeo de “civilizar al bárbaro” y la necesidad de adecuar el descubrimiento a las “verdades” bíblicas. Borja afirma, para el caso indígena, que:

Se hizo imperiosa la necesidad de encontrar una respuesta que ligara culturalmente a las poblaciones americanas con las tradiciones del Antiguo Testamento, porque de su justificación también dependía el equilibrio del cristianismo en tanto que afirmaba el poder salvífico y universal de la Revelación. (Borja, 1998, p. 55)

Otro de los argumentos utilizados fue el “argumento del engaño demoniaco”, que consistía en relacionar la fácil evangelización indígena y su disposición a recibir una religión que no fuera tan “cruel e inhumana” como la que tenían. El presbítero Antonio Julián coloca la opinión de un indio viejo para mostrar la validez de este argumento, si bien no existe citación alguna que pueda hacer posible su corroboración:

...ya estábamos tan hostigados de la ley, ceremonias y cruel yugo que los ídolos por los sacerdotes nos imponían, que ya estábamos muchos para sacudir el yugo abandonar tan bárbara religión y buscar otra nueva más dulce, llevadera, justa y santa. (Julián, 1994, p. 106).

Desde esta idea, es posible afirmar que hay una división de centro y periferia original que se mantuvo y se mantiene respecto a los pobladores originarios. La diferencia yace en que la comunidad campesina posee un sincretismo de ambos mundos; no es ni indígena ni extranjera, y en la combinación de las dos cosmovisiones, han elaborado un sistema cultural propio relacionado fuertemente con el territorio, al tiempo mágico (la herencia indígena) y al tiempo temeroso (la herencia religiosa).

Leyendo a Noguera, un tercer factor que reforzaría la idea del campo como periferia sería la de la globalización, la cual desplaza los saberes tradicionales y provoca que la comunidad desconozca su cultura, y que esta se vaya perdiendo la noción tradicional del territorio. En sus palabras:

Los imaginarios rurales de su cultura se difuminan progresivamente en nuevos imaginarios urbanos. Los colores, los alimentos, las expresiones lingüísticas de su vida campesina se van entremezclando con las estéticas urbanas. Su idea de naturaleza

también va cambiando. La televisión —artefacto presente en la mayoría de las viviendas colombianas, por paupérrimas que sean— crea también nuevas naturalezas imaginarias, nuevas visiones de mundo, nuevos sueños. (Noguera, 2004, p 130)

La llegada de este tercer actor no hace sino reforzar la condición de periferia de los pueblos rurales, pues los aleja aún más de cualquier tipo de acercamiento. Para Faust, si relacionamos esta afirmación con los asentamientos dispersos que por sí solos ya no permiten sino poca introspección en la vida de la población rural, no sorprenderá que ni ricos ni etnólogos sepan mucho sobre el ser particular de la población rural (Faust 2022, p.19). Es decir, en el hermetismo y recelo que ha provocado el aislamiento de la periferia sobre las comunidades rurales, la brecha de conocimiento se acrecienta, al punto de llegar casi al olvido.

Posicionar al entorno rural desde la periferia implica entonces pensarlo desde su propia dinámica. Al igual que Martí, es necesario pensar la relación del campesino y el indígena con la tierra que habitan. Para Sack (1986), el territorio es definido como la delimitación y afirmación de un área geográfica, que implica la apropiación y pertenencia de un grupo, con su influencia sobre los individuos, afectando su forma de vida y sus fenómenos. En otras palabras, un escenario de relaciones humanas que funciona en torno a una idea de identidad vinculada a la tierra. Sin embargo, también menciona que esta delimitación tiene la facultad de excluir, no solo de incluir y contener. Esto es más presente en una zona de periferia, en donde hay claras limitaciones provocadas por los actores ya mencionados: religiosas, por un lado, tecnológicas por otro.

Así, puede hablarse de dos elementos que pueden constituir la identidad territorial de Quintana: por una parte, es una zona excluida del centro “civilizado”, que amenaza su armonía al introducir tecnologías y sistemas económicos foráneos; por otra, este estado de exclusión propicia un fuerte hermetismo respecto a lo que se considera propio. En palabras de Faust (2017):

Estas personas son la esencia de la montaña. Conforme vayan cambiando las formas de vida y una nueva economía moldee sus vidas, tal vez ellas también cambien. Y, sin embargo, mientras sigan llevando su existencia tan cercana a su tierra salvaje, tan sujeta al sol, la lluvia y los vientos, algo de la naturaleza de ésta calará en la de ellas. Serán gentes marcadas.

Sin embargo, este marcamiento puede resultar propicio para recuperar la memoria. Recuerdo leer en alguna clase una carta del filósofo Martín Heidegger, en donde hace una defensa de este encerramiento. Dice: al campesino hay que dejarlo habitar su tierra, no ir con el afán del científico social que quiere imponer su ciencia sobre su saber; en la provincia persiste lo mítico porque está vinculado al trabajo, a la lentitud antes que al afán; el campesino no desea volverse objeto de culto, sino que simplemente desea existir, y persistir en esa existencia auténtica (Heidegger, 2011). De esta forma, la única y verdadera forma de entender la identidad de Quintana es desde el habitar y recorrer sus caminos, desde comprender su estatus de periferia como un permanecer y no como algo que debe rechazarse. Así, la forma perfecta de entender la tradición oral desde una perspectiva realmente intercultural y decolonial, consiste en caminar y habitar:

El caminante es rico en tiempo, libre de pasarse horas visitando un pueblo o rodeando un lago, siguiendo el curso de un río, subiendo una colina, atravesando un bosque, observando los animales o echando la siesta a la sombra de un roble. Él es el único propietario de sus horas, y nada en el tiempo como en su elemento natural. (Le Breton, 2022, p.38)

Para Nates (2002), en esta forma de entender el mundo y la vida, lo espiritual une todas las fuerzas y las energías, para lograr la con-vivencia pacífica con toda forma de vida, en armonía, respeto, dignidad y continua relación. El territorio está íntimamente ligado con cada uno de nosotros porque lo encarnamos:

Pero decir territorio, no es decir solamente lugares de ocupación, es decir también identidad. Identidad que se refleja en los imaginarios establecidos de los distintos espacios creados para ocupar y desarrollar una actividad humana. Cuando digo imaginarios, hago referencia a la creación y establecimiento de conceptos, representaciones y usos sociales. (Nates, 2002, p. 15)

Como respuesta, entonces, a la globalización y a los prejuicios de los centros, y en medio de tantas lecturas que en ocasiones nublan la vista y el pensamiento, decidí aprovechar una idea que funciona como principio metodológico: los conceptos de ontologías relacionales y el pluriverso, como alternativa a la ontología moderna, desarrollista y dualista. En la visión de mundo de la ontología tradicional occidental, se entiende que los seres humanos controlan todo totalmente y pueden manipular el mundo a su conveniencia, además de que los individuos son

considerados como autosuficientes, lo mismo que los objetos, y por este motivo poder ser explotados a beneficio (Escobar, 2015). Al contrario, en las ontologías relacionales los mundos bio-físicos, humanos y espirituales no son entidades separadas, sino que establecen interrelaciones o vínculos entre cada uno de ellos; es decir, no existen divisiones, existen interrelaciones entre el mundo humano y no-humano a lo largo de cada historia particular.

Una parte constitutiva de las ontologías relacionales es la integración de la cosmovisión con el territorio y las formas comunales de vida. En estas perspectivas, los territorios son espacios para la vida, de interrelación y mediación con el mundo espiritual y natural. De esta manera, lo que está en juego es la “existencia continuada de pluriversos” o como lo plantean las zapatistas de México “un mundo en que quepan muchos mundos” (Escobar, 2015). Como lo plantea Esterman: *el objetivo fundamental de la interculturalidad es la “humanización” del mundo y la vida plena para todos y todas, incluyendo a la Naturaleza, es decir: recuperar al ser humano en su lugar y dignidad que le corresponde*”. (Estermann, 2010, p. 45).

Tras este recorrido teórico, quedan claras dos ideas:

Primero, hay una condición de periferia impuesta por actores externos. Al tener Quintana una población entre indígena y campesina, existe una marginalización inicial: la separación obligada de las tradiciones religiosas prehispánicas y la imposición de sistemas religiosos y morales externos, que no tienen consideración real ni respeto por el vínculo existente entre la tierra y sus comunidades. Esto se acentúa más cuando se piensa que el campesino es el resultado del sincretismo de las dos culturas: indígenas y españoles. Es decir, hay una identidad doble que ha tenido que buscar su lugar y establecer una relación con la tierra. Sin embargo, esta relación tiene dos lados: está el mito original, y está el prejuicio moral heredado del colonizador.

Segundo, la identidad se forja en la evolución del hermetismo hacia la interrelación ontológica. Si bien es cierto que la única forma de conocer el territorio y la relación que con este ha construido la comunidad es, precisamente, el habitar y recorrer sus caminos, también lo es que como seres humanos habitamos un espacio más grande. Por tanto, es necesario habitar el territorio y dejarlo intacto en su misterio y tranquilidad, pero también recoger esa esencia, esa relación armónica entre sus habitantes y la naturaleza, y presentarla como un ejemplo que pueda contribuir a generar nuevas identidades realmente auténticas en un mundo cada vez más tecnológico, globalizado y disperso.

Capítulo II: Tejiendo caminos por los senderos de Quintana

“Sentía que si alguna vez llegaba a saber cómo empezó todo en esas montañas, me entendería mejor a mí mismo.” William Ospina.

A continuación, nos embarcamos en un viaje introspectivo de reencuentro y redescubrimiento. A través de las vivencias y reflexiones de un caminante que, pese a las dificultades y desvíos, decide regresar al espacio que evoca su infancia. La trama se despliega en la majestuosidad de la naturaleza y la complejidad de las relaciones humanas, recordándonos la importancia de mantener la conexión con nuestras raíces y la esencia de nuestro ser.

Empezar a caminar no es fácil, iniciar un camino no es otra cosa que devolver la madeja en el tiempo y recordar que estos caminos ya fueron transitados, el recorrido por la vereda Quintana es un desafío para el alma que quiere olvidar y la memoria que no quiere ser olvidada. Por esto, he decidido iniciar el recorrido desde las reminiscencias del duende, y llegar de su mano al hogar de los abuelos, para finalmente recorrer los caminos y montañas de la Quintana mágica.

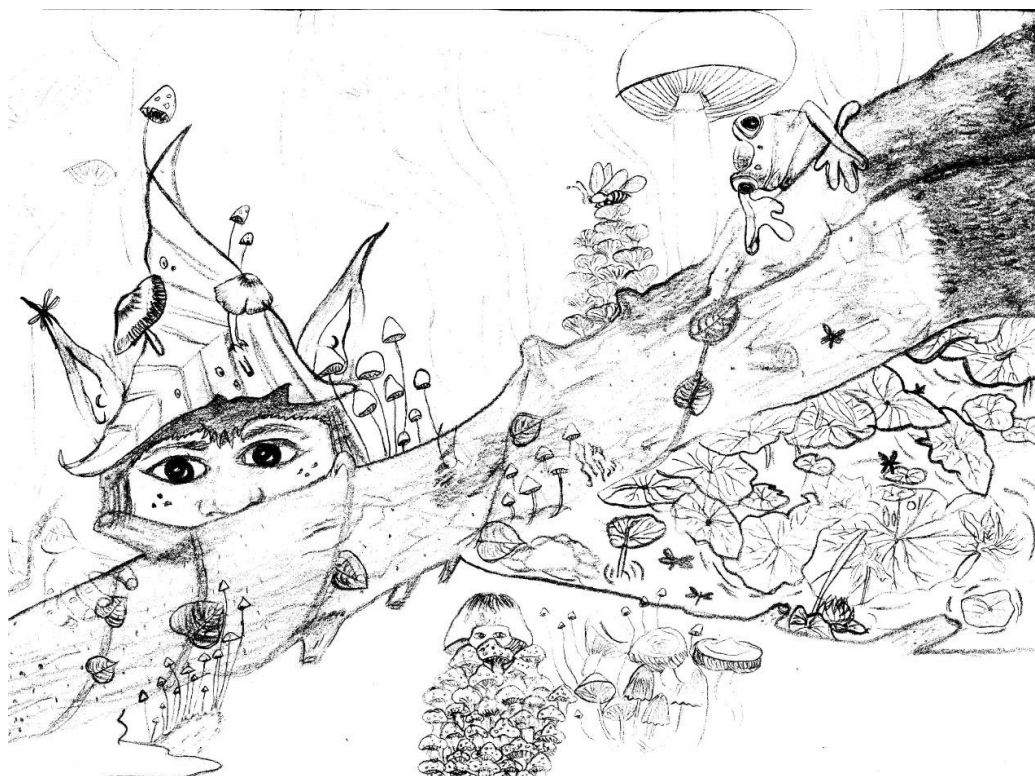
El Fuego, los Rayos y el Duende: un Viaje hacia la Recuperación del Pacto Dormido.

Hilos de diversos colores juegan a enredar y desamarrar el andar. Vamos recogiendo la madeja de nuestro camino, enrollando paso a paso lo que estamos siendo. El canto de los gallos, los primeros rayos del sol, los mugidos de los terneros clamando por ser amamantados por sus madres, el olor a masitas fritas y café anuncian el inicio del día. Hugo, el indígena que siempre ha ayudado a mis abuelos en los quehaceres de la finca, y que hoy es quien vive cuidando el lugar, ha llegado arreando el ganado y silbando para que se haga apertura de la portada. Mi abuela ha acomodado en la jigra golosinas para que acompañemos a Hugo. Una luna aún nada sobre el gran cielo azul y acompaña nuestros pasos hacia la montaña. Caminando por senderos alrededor del río, cubiertos de robles después de un par de horas y con el sol como nuevo acompañante, pedimos a Hugo que narre sus historias, que nos haga temblar al recordar sus relatos cuando recorramos solos los caminos. Él no quiere soltar sus cuentos sin nada a cambio, así que intencionadamente nos reta a nadar en el helado río de Aguas Claras, y sin dudar mi hermano y yo nos quitamos nuestras botas y sacos. Saltamos a la cuenta de tres en el pozo, un

chapuzón de entrada por salida es el pago pactado. El cielo se cubre de nubes grises y el estruendoso sonido del choque del agua sobre piedras es la banda sonora para que la voz de aquel hombre fluya como rayos que hacen temblar la tierra y agrietarla para que salga de ella el voraz fluir de la palabra que revive a los guardianes de las chorreras y montañas: duendes que ciegan, lloran en ríos, tiran piedras y esconden en peñascos a sus presas que capturan en medios de frondosos bosques, demonios de fuego, piedras en montañas sagradas que ahuyentan al invasor con descargas de granizo morado son los dibujos hechos de palabras que Hugo hace de su experiencia en caminos y montañas.

Figura 5

El duende



Nota. Ilustración propia.

Todas las historias, vivenciadas en la práctica y marcadas en el alma, nos adentran al corazón, donde seguimos siendo niños, donde todavía somos crédulos de que existen esos seres místicos que brindan ayuda al mundo y que sin querer evocamos en variados momentos. En mi caso, es el duende esa figura especial y picara que visualiza su territorio, vigila a sus hermanos y que es un ser que continuamente está equilibrando fuerzas, armonizando la vida terrena. Enseña,

se enoja, molesta, grita, cambia, pierde el camino a las personas porque considera que debe hacerlo, es un sabio que bien podría llamarse naturaleza.

Figura 6

Granizo morado en el cerro de Pusná



Nota. Ilustración digital elaborada por el maestro Jason Correa.

En los recónditos parajes, donde el murmullo del viento se funde con el susurro del arroyo, los duendes han encontrado su refugio predilecto, alejados de la mirada curiosa y en soledad. Estas criaturas, con su naturaleza enigmática, han demostrado una particular predilección por habitar en las apartadas cañadas y, en ocasiones, buscan cobijo en las casas humanas apartadas. Se dice que su presencia se torna más evidente cuando necesitan el cálido abrazo de las llamas o cuando desean perturbar el sueño de quienes osan compartir su morada. Estos duendes se erigen como guardianes de un mundo oculto, velando por la frontera entre lo tangible y lo desconocido. Su misterio, su ambigüedad y su capacidad para suscitar tanto el miedo como la imaginación, hacen de ellos seres enigmáticos y cautivadores, dignos de ser estudiados desde la mirada lúcida y la mente abierta.

Figura 7

El fuego



Nota. Ilustración digital del maestro Jason Correa.

Es inevitable que las lecturas que me acompañan, los atajos, las personas del camino me transporten a la infancia con nostalgia. Al observar lo avanzado, puedo ver allá abajo la casa de la abuela rodeada de sus características palmas de cera, sus tétricos pinos, las noches con la magia del pequeño lumínar del cielo, de vientos silbadores, de pasos torpes, en medio del campo sobre piedras blancas que a duras penas se ven, machetes azotando ramas de pinos secos y el tronar de dientes debido al frío, estornudos por doquier, risas, silbidos, ramas que se quiebran, aullidos de perros, sonidos de pájaros. Estos son los instrumentos que componen la pieza sonora que acompaña el evento de narrar alrededor del fuego. La leña seca cae rozando el pasto, la cera vieja recogida de los andenes del “día de las velitas”, celebración en donde se esparcen lentamente sobre los troncos. Una caja de fósforos es agitada con fuerza, un fósforo roza con la caja y da paso al espectáculo de la noche. Alrededor del calor de una fogata, bajo el inclemente humo de un palo de lechero tirado al fuego por error, un coro de jovencitos y jovencitas piden al abuelo que cuente sus historias, sus atentos oídos agudizan para escuchar la magia de los cuentos y aquellos ruidos extraños y escalofriantes que trae consigo la palabra del abuelo alrededor del fuego. Colores emergen de sus labios, las imágenes vuelan y los sonidos naturales instrumentan la historia. Un duende perverso danza en los árboles, lo veo en sombras, me sonrío y se va brincando. Mi abuelo hecho uno con el verbo me muestra que en sus venas corría el fuego de los

años ensombrecidos en el olvido. Él era un cuentacuentos que pintaba con palabras iluminando la noche.

Figura 8

Fogón de leña de la casa de la abuela



Nota. Elaboración propia.

El abuelo nos llenaba de historias en aquellas tierras, de lo que vio, lo que escuchó, lo que vivió, también de cuentos que solo se los hemos escuchado a él. No sabemos dónde o cómo los aprendió, quién se los enseñó. Creemos que en su largo andar en aquella vereda como terrajero o en sus viajes como mercader de ganado a otros municipios u otras veredas pudo haberlas adoptado como propias. Solo sé que nuestras noches eran más cortas escuchando esas historias y que así ya nos las supiéramos, porque eran contadas una y otra vez cada que íbamos de vacaciones, organizados al lado del fogón de la cocina o afuera en las noches de verano y luna llena, alrededor de una fogata, siempre lograba atraparnos y tener atentos a más de una decena de nietos y a sus hijos con cada una de sus historias, haciéndonos sentir a su vez el suspenso, el terror, la alegría, las travesuras de cada uno de los personajes de sus historias, ya sea de los cuentos que nos contaba o de sus historias de vida.

El abuelo se acercaba al fuego y calentaba sus pies sin quitarse sus pesadas botas Brahma, él subía su pantalón de tela para frotar las palmas de sus manos en sus piernas. Primos y

primas exigían día a día más cuentos, mitos y leyendas; todo lo que él relataba era fantástico, nosotros aprendíamos sus historias al pie de la letra. La voz del abuelo hechizaba, él era mejor que aquel viejito: *El narrador de cuentos*, en vez de perro tenía una perra cazadora; Petrushka, su preferida.

Mi abuelo iniciaba con sus cuentos cuando atardecía bajo la ambientación natural del último sol de los venados, ese color amarillo naranja daba vida, esos colores cálidos como el fuego eran la apertura para el mayor deleite de mi ser. Me sentaba a su lado y él contaba sus historias: “Tío conejo y las uvillas”, “Tío conejo y el pan”, “Juan oso”, “Domingo Calambamboy”. En la tarde eran cuentos y en la noche, alrededor de la leña del fogón sobre la hornilla o sobre su banco, daba paso a la narración de las historias de espantos, Don Duende, las montañas y aguas bravas, las cuevas hechizadas y sus misterios; era increíble la vida que él le daba a sus relatos.

Figura 9

Mi abuelo



Nota. Tomada del álbum familiar.

Retorno al Nido: la Nostalgia del Fuego y del Hogar

Los caminos hoy me llevaron frente a la casa de mi abuela, con la mirada más madura, más cansada y menos inocente. Recojo mi cabello abatido por la inclemente brisa que en las tardes azota la vereda. Al sentir mi cabello más suave que cuando era niña, mis ojos se nublan por un hermoso recuerdo. Parte de mi vida transcurrió y transcurre en medio de murallas de piedra en un lugar muy bello, no muy lejano de Popayán, llamado Quintana. Cada vez que se podía mis padres me enviaban a la finca de mis abuelos, aunque no sólo iba yo, puesto que todos los hijos de las hijas e hijos de mis abuelos íbamos en vacaciones, y en nuestros tiempos libres, a ese mágico, colorido e inmenso lugar de montaña, cubierto de cielos de todos los colores, con bosques de robles, pinos, palmas de cera, eucaliptos, pastizales, vacas, caballos, conejos, patos, bichos, cascadas, senderos, fogatas, y acompañados por espantos, mitos... entre ellos, el duende que no dejaba dormir... ¡En ese lugar, la palabra cobraba vida! Todo lo mágico de los relatos se hacía realidad, o bueno... los relatos que eran de mi interés.

Figura 10

La casa de la abuela



Nota. Ilustración digital por el maestro Jason Correa.

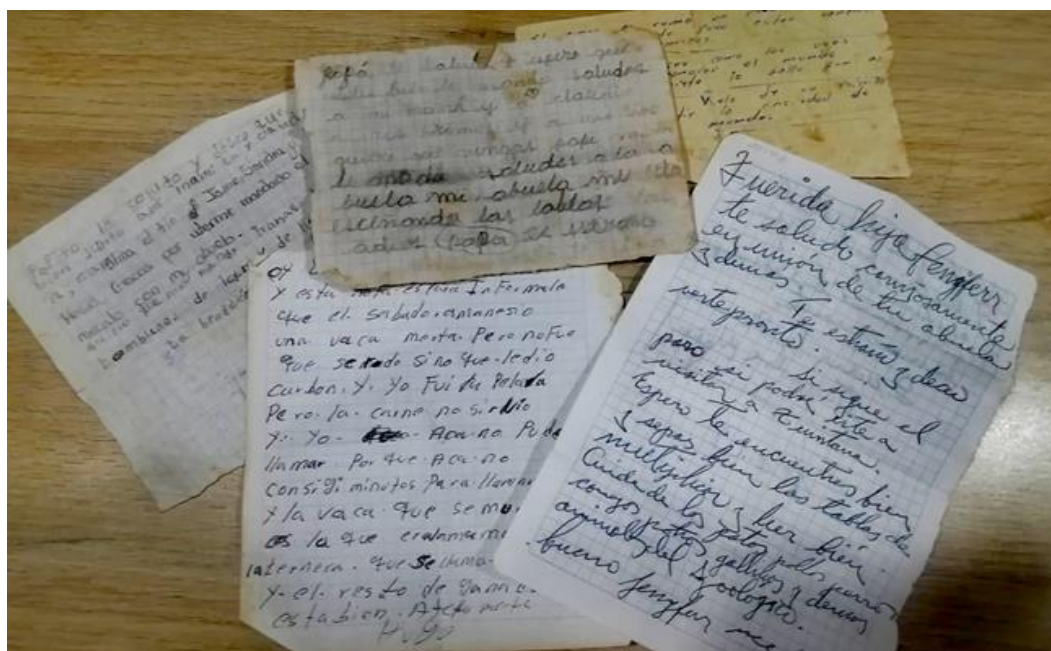
Entre las anécdotas, que ahora parecen relatos de otras vidas, está la tiendita a la que íbamos con mi hermano cuando éramos niños. No podíamos tener monedas en la mano porque

salíamos corriendo por esos atajos para llenar nuestras manos de bananas, bombones y galletas. En Quintana las tiendas quedaban distantes, por ello mi papá desde Popayán nos enviaba mecato o dulces con mi abuelo que bajaba desde Quintana los jueves en el lechero (vehículo recolector de leche), para regresarse el viernes en la chiva (coloridos buses escalera) después de hacer mercado, esperábamos con ansias a que llegara para ver que nos habían enviado nuestros padres desde Popayán.

Siempre amarrado a ese paquetico venías unas pequeñas cartas escritas por ellos a las cuales también respondíamos con pedacitos de hojas de cuadernos cada vez más pequeñas, y manchadas, puesto que el único cuaderno era aquel donde mi abuela escribía entre otras, las recetas que escuchaba en la radio, los días en que paría una vaca, los nacimientos de los nuevos nietos, y notas transcritas del almanaque Bristol. Esta libreta se guardaba con un cuidado especial en la cocina donde mi abuela se la permanecía el mayor tiempo del día, puesto que cocinar era una labor titánica ya que se hacía con leña en una hornilla que hasta el día de hoy se conserva.

Figura 11

Cartas familiares



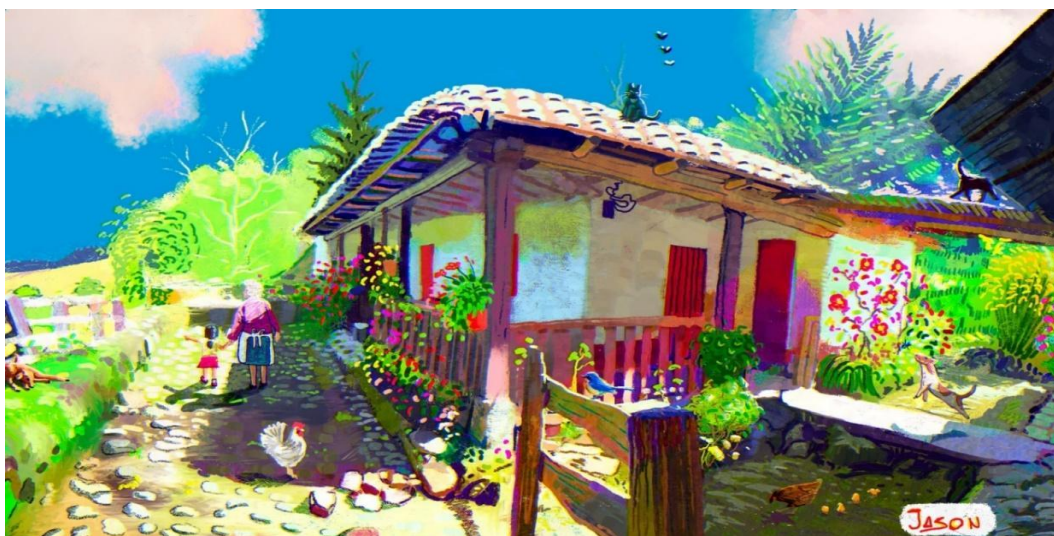
Nota. Elaboración propia.

De ahí que, caminar por Quintana, se convierte en un acto de reconexión con mis orígenes: es entender, descifrar y dialogar con un territorio que tiene mucho que contar. Cuando

camino por Quintana, no solo estoy transitando un espacio físico, sino que también estoy recorriendo las historias, las vivencias y los sueños de todas las personas que han transitado por este lugar antes que yo. Es la oportunidad de recordar quién soy, de dónde vengo y que a pesar de los avances y los cambios experimentados, sigo teniendo la esencia de caminante creada por mis abuelos en este lugar.

Figura 12

Retorno a la inocencia



Nota. Ilustración digital del maestro Jason Correa.

En esta obra del artista Jason Correa, se propone un encuentro con la inocencia, el retorno a la casa de los abuelos, el anhelo constante de volver a nuestros orígenes, a esa niñez que se desvanece en los recuerdos como hojas secas que caen lentamente. Cada paso hacia el pasado se torna en un sendero empedrado de nostalgia, un camino donde las puertas de la infancia se cierran irremediabilmente. El tiempo avanza inexorablemente, y aunque quisiera atrapar esos instantes dorados en las manos, sé que la vida no se detiene. La casa de los abuelos, con su pequeño jardín, era nuestro refugio, el lugar donde florecían los recuerdos más tiernos.

En ese jardín, encontrábamos tesoros escondidos entre las hierbas y las flores. Los dientes de león, con sus esporas arrugadas, parecían contener secretos que solo los niños podían descifrar. Las ortigas, con sus hojas puntiagudas, eran el refugio de las mariposas que revoloteaban con gracia. Cada rincón estaba impregnado de vida y misterio. Las gotas de rocío, como pequeñas joyas de plata, se posaban en las hojas formando un paisaje de ensueño. Aunque

el pasado no puede recuperarse, siempre llevaremos en nosotros el eco de esos días dorados en la casa de los abuelos, en el jardín que fue testigo de nuestra infancia y en esa añoranza, encontramos la belleza y la melancolía de la duración de la vida.

En este viaje paso de ser adulta a niña con los variables umbrales, objetos, olores, sensaciones que me permiten este flashback: mi abuela sacaba de su jigra, que era una verdadera caja de pandora, un peine con el que siempre desenredaba mi cabello y el de mi hermana el viernes de cada semana, día en el que regresaba mi abuelo de la ciudad y los nietos bajábamos de la finca hasta la carretera para esperar la chiva y ayudarlo a subir el mercado caminando, y con el peso del costal sobre nuestra espalda o sobre la del caballo Alazán o la yegua Castaña. Ese viernes empezó a desenredar mi cabello, que a causa de solo lavarlo con agua en el río o en el chorro de la casa, estaba totalmente enmarañado. Mi abuela tomaba un pequeño mechón retorcido y con su peineta naranja empezaba a jalarme el pelo, mientras en mis ojos destellaban lagrimitas finas de dolor, y fue así que al percatarse de mi incomodidad ella empezó a deshilvanar un relato: *Yo llegué a Quintana cuando me casé con Alberto, llegué a la casa a la orilla del río, lastima dejarla caer, ahí nacieron Jaime, Maya y Mariela...*

Figura 13

Casa vieja donde nacieron mis tíos (hoy ya no existe)



Nota. Tomada del álbum familiar.

Aún retumba esa voz nostálgica de mi abuela. Un día cerró esa puerta sin saber que nunca más la volvería a abrir. En ese instante, el tiempo se convirtió en un lamento silencioso, un suspiro de añoranza que se quedó atrapado entre las maderas gastadas de aquel umbral que alguna vez fue testigo de risas y secretos compartidos. Era la puerta de la casa de los bisabuelos, un santuario de memorias tejidas con los hilos de la infancia.

Pienso que uno de los momentos más tristes de nuestras vidas llega cuando se cierra para siempre la puerta de la casa grande. En ese rincón mágico, el tiempo parecía detenerse, y éramos adolescentes, jóvenes, niños nuevamente, libres de preocupaciones, envueltos en el amor y la calidez de nuestros abuelos. Cada rincón de esa casa era un pedazo de historia, un eco de generaciones pasadas que aún resonaba en sus paredes.

Saludas a la gente que pasa por la puerta, aunque sean desconocidos, porque la gente de la vereda de tus abuelos es tu gente, es tu pueblo. En ese vecindario, cada rostro era familiar, cada conversación era como una melodía conocida. Era un lugar donde la comunidad se tejía como un tapiz, donde las puertas siempre estaban abiertas para compartir historias y tazas de café. Era una comunión con la tierra y la gente que la habitaba, una conexión profunda con las raíces de la montaña.

Hoy, después de 25 años, comprendo que con esa pequeña pero profunda historia, tan solo me mostraba que el camino para desenmarañar el alma está en recordar a los ancestros, en sacar de la matriz representada por los pueblos Nasa en la jigra, un tejido vivo, una naturaleza hablante a través de sus gentes, que quieren convertirse en apología y testimonio a través de este documento.

En las palabras de los abuelos, en los pasos por esa puerta cerrada, se encuentra el hilo conductor que nos une a nuestras raíces. Es un lazo que nos lleva de regreso a la casa de los abuelos, al territorio que nos vio crecer, y a la historia que aún late en nuestros corazones. Es el tributo a esa puerta que se cerró pero que permanece abierta en nuestra memoria. La casa de los abuelos en esa linda vereda, génesis de remembranzas. Con la partida de los ellos se va cerrando como un portal.

Mi abuela, fuente inagotable de inspiración, es quien encarna este trabajo. Implacable en su marcha, su legado de historias, su sabiduría y su amor perduran en cada trazo, en cada color, en cada pincelada de memoria. En cada paso que doy por Quintana, siento que también camina conmigo mi abuela, sus enseñanzas y su amor, recordándome que aunque ella ya no esté

físicamente, su legado y su espíritu perdurarán eternamente en mi ser y en la esencia misma de este lugar que tanto amó. La nostalgia invade mi ser, en el transcurso de mi andar las memorias de infancia se agolpan, cada detalle del paisaje narra un hecho, un cuento.

Figura 14

Espérame abuela



Nota. Ilustración digital del maestro Jason Correa.

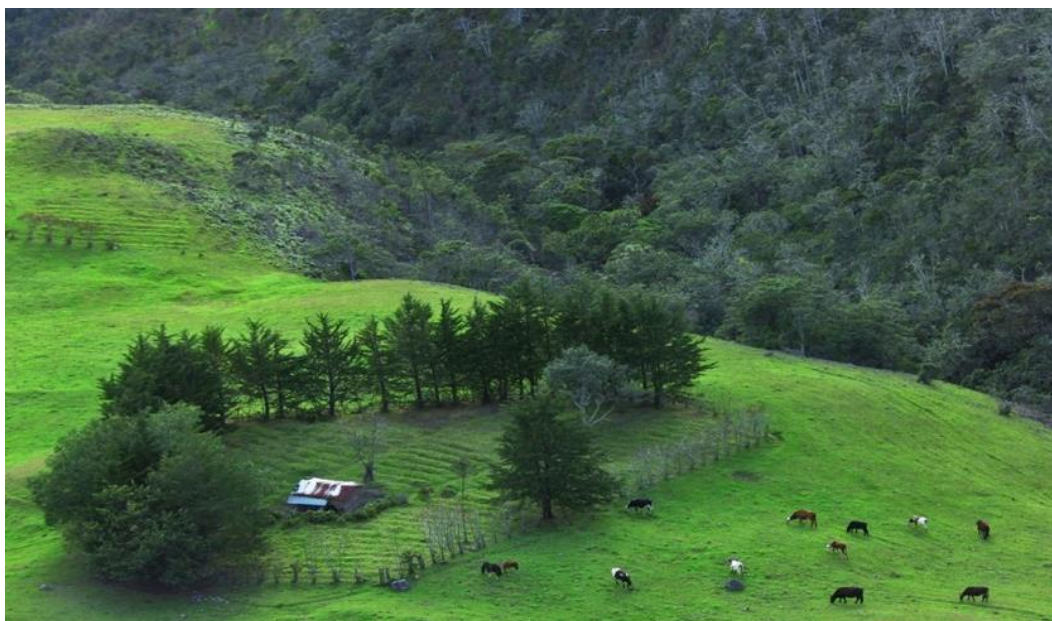
En esta pintura emprendemos un viaje a través del tiempo y la memoria, recorriendo los caminos de Quintana. Cada trazo es una bitácora de remembranzas, siento que las mujeres del alma mía, llevamos con orgullo el legado que ella nos dejó impreso en el corazón. En la imagen, todas podemos sumergirnos y sentirnos corriendo tras los pasos de aquella mujer anciana que lleva flores a la virgen del cerro. Es una visión poderosa que nos invita a reflexionar sobre el relevo generacional, sobre el futuro cuando nuestros mayores ya no estén físicamente presentes.

Con este trabajo intento que el olvido inevitable se detenga y el tiempo deje su prisa. Me apresuro a conservar los regalos de los saberes que la abuela me heredó en cada historia que me contó, para compartirlo con mi sobrina. Ella ya no recibirá las enseñanzas de sus bisabuelos mientras sostiene un ternero para que no succione la leche de la vaca, ni rodea el ganado, come alrededor del fuego de la hornilla, en una fogata, en la muralla utilizada como tendedero de

cobijas que se secan al sol en una noche de jueves y viernes santo, mientras se esperaba se iluminen las guacas en las montañas. Me pregunto ¿dónde y cómo le contaré esas historias? ¿Para ella representarán algo? ¿Creerá en la montaña viva que ha acompañado y espantado por tantos años a su parentela? Por ahora me apresuro a recoger las historias pensándome como si volviera a ser esa chiquilla que quiere que ese cuento nunca acabe.

Figura 15

Finca ganadera de Quintana



Nota. Elaboración propia

El Reencuentro Absoluto: un Caminar por los Cerros y los Caminos

A continuación, emprenderemos un viaje íntimo y profundo a través de tiempo y la memoria, recorriendo los caminos de quintana, esta es una bitácora de remembranzas, un esfuerzo por preservar el sabor del mundo que mi abuela me enseñó a saborear. Y fue ella quien inspiro este trabajo, y a que no lo pudo ver culminado ya que el año 2020 con su fuerte paso se la llevó, dejando un legado de historias que temo dejar caer; porque siento que se me van como agua entre las manos, me acojo a ellas cuando camino las montañas por las cuales ellas me llevaba de su mano, pero en esta selva de cemento siento que se vuelan y el olvido surca mi mente.

En el rincón donde el río y el cielo se funden en un abrazo eterno, emerge la figura imperturbable de Juan Tama, el Hijo del Trueno, el Cacique Páez, que desafía la oscuridad de la opresión. Cuando los relámpagos destellan como espadas de luz y los truenos retumban como tambores ancestrales, es el espíritu de Juan Tama el que camina entre las nubes. Sus hechizos de lluvia y rayos indómitos, inscritos en los pliegues de las montañas como antiguos pergaminos, son el recordatorio constante de que la tierra no se doblegará ante la codicia de los hombres. Desde el cerro Pusná en dirección hacia Totoró podemos observar el piramidal cerro de Cargachiquillo, que en sus diarios, Humboldt relata que los antiguos pobladores denominaban como Uniñegatuna, esa montaña majestuosa que toca el cielo con sus manos de piedra, que se erige como un guardián silente gracias a los encantamientos tejidos por Juan Tama. Allí, los vientos hablan con la voz del viento mismo, y los frailejones susurran secretos que solo los corazones abiertos pueden entender. Es la morada de los espíritus de la naturaleza, y Juan Tama, como su custodio, les promete que la armonía prevalecerá, que los latidos de la tierra no serán silenciados por el estruendo de la avaricia.

Figura 16

Vista a Pululo



Nota: Elaboración Propia. Vista a Pululo, ubicada en el cañón del río San Francisco, al fondo la cadena volcánica de los Coconucos y el volcán Sotará. De acuerdo a lo planteado por Faust (2022) en Pululo se puede encontrar piedra rayo.

El cerro de Pusná es de gran importancia para las comunidades asentadas a su alrededor, puesto que es de gran valor religioso, ambiental, social y cultural. En sus bosques se mezclan sus habitantes, caminantes de paso, peregrinadores, bestias, animales y espantos. Este montículo, privilegiado, hijo de la madre naturaleza, alberga en su cima una imagen de Nuestra Señora de la Asunción, colocada ahí para amansar la bravura de este coloso, y la cual es venerada en la Fiesta de la Asunción, celebrada anualmente cada 15 de agosto para agradecer y a su vez pedir por una buena cosecha. Esta tradición de hace más de 60 años nos invita a seguir caminando y recopilando cuentos y relatos que son una muestra que la tradición oral se resiste a extinguirse.

Figura 17

Celebración de la fiesta de la Virgen de la Asunción



Nota. Elaboración propia. Fotografía en el cerro Pusná el 15 de agosto.

Don Hugo, un habitante de esta región, comparte su experiencia y sabiduría local en relación a este cerro:

Pues, cómo explicarles, estas tierras son bravas y no les gusta que la gente se aventura por ellas. Parece que se enfadan cuando las pisamos. La gente solía decir que, al subir al cerro, debíamos llevar una piedra y arrojarla allí para que no se embraveciera. (risas). (Hugo, comunicación personal, 2019)

En los relatos transmitidos por Hugo emerge una fascinante manifestación de la concepción que la comunidad tiene sobre los cerros. Estos imponentes accidentes geográficos son considerados como seres vivos, y a ellos se les atribuyen características humanas, una animación que los dota de una existencia casi antropomórfica.

Es a través de los diálogos entre los cerros que se establece una comunicación única y singular. Estas montañas parecen hablar entre sí, como si fueran entidades dotadas de voz propia, expresando pensamientos y emociones que desbordan lo puramente geológico. El comportamiento de los cerros va más allá de su inmovilidad aparente, ya que se habla de visitas realizadas a ellos. ¿Acaso son acogedores o celosos de quienes se aventuran a transitar sus laderas? ¿Se complacen en recibir a los peregrinos o albergan cierta reticencia ante la presencia humana? Además, se les atribuye la posesión de fortunas de oro, lo que sugiere una dimensión simbólica en su relación con la riqueza y la abundancia. ¿Son los cerros guardianes de un tesoro misterioso que solo unos pocos elegidos podrán encontrar? O tal vez, esta concepción revela la conexión profunda que la comunidad establece con la riqueza de la naturaleza circundante, reconociendo que el verdadero tesoro reside en la tierra misma.

No obstante, uno de los aspectos más interesantes es la manifestación de los "bramidos". Estos sonidos que emiten los cerros, ya sea por movimientos telúricos o por causas desconocidas, son interpretados como diálogos. Esta interpretación trasciende lo meramente sísmico y se adentra en la esfera de lo simbólico y lo espiritual.

Figura 18

El viajero



Nota. Ilustración digital por el maestro Jason Correa.

Cuando se producen estos movimientos telúricos, la comunidad considera que los cerros están en diálogo, transmitiendo mensajes crípticos que podrían señalar cambios atmosféricos o ambientales. Los cerros, de alguna manera, parecen ser guardianes de la naturaleza, portadores de una sabiduría ancestral que trasciende nuestra comprensión.

En el imaginario colectivo, los cerros son también lugares bravos, expresiones vivas de un espíritu indomable y majestuoso. Son símbolos poderosos de la conexión profunda entre la naturaleza y el ser humano, y a través de sus bramidos, nos invitan a reflexionar sobre nuestra relación con el entorno y el respeto que merecen estos monumentos naturales. En la mirada de la comunidad de Quintana, los cerros se revelan como entidades vivas, sagradas, y bravas.

Mis abuelos tenían un par de piedras rayo (obsidianas —denominación latina— son los nombres que recibían ciertas piedras volcánicas con forma puntiaguda e interpretados por diversas culturas como objetos de origen celeste o divino, y con propiedades curativas y supersticiosas) que cuidaban con recelo, cuando nos permitían verlas decían que eran piedras que tenía la fuerza del rayo dentro. La abuela era quien cuidaba de ellas y las dejaba en uno de los bolsillos de un saquito negro colgado detrás de la puerta de su cuarto. Ella decía que ahí donde caían los rayos podía encontrarlas, sin embargo, siempre que las busqué siguiendo sus indicaciones encontré carbón.

Figura 19

Obsidianas de Quintana

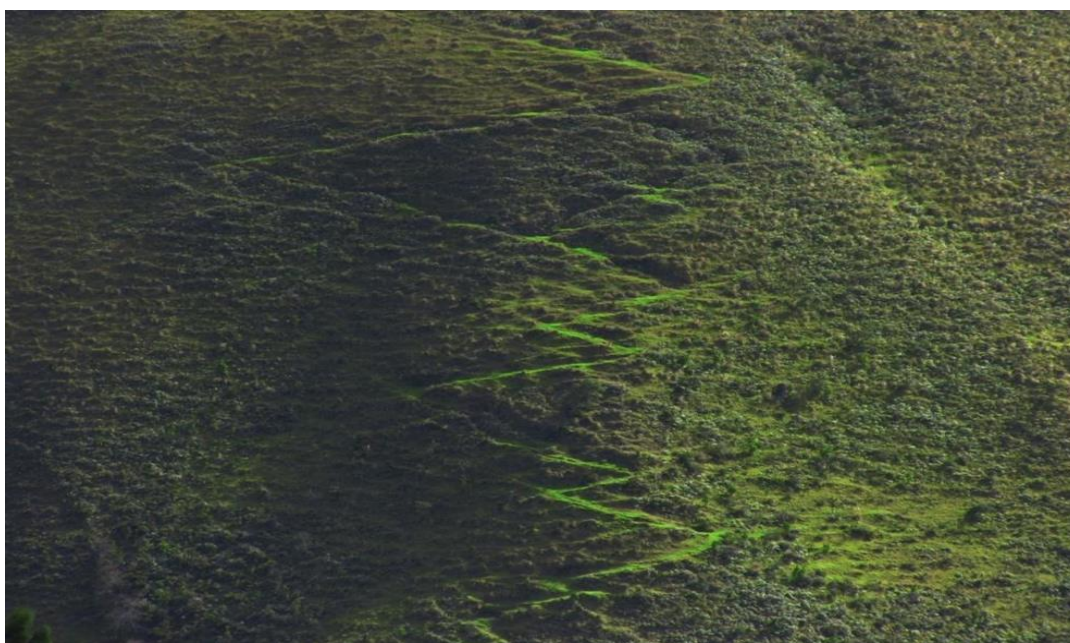


Nota. La simbología, el valor mítico y espiritual concedido a las Obsidianas en el territorio de Quintana. Elaboración propia.

Unas cuantas horas de camino de herradura separan a la vereda de Quintana con el pueblo de Puracé, podemos tomar muchos atajos que nos permitirían pasar por una linda ruta que hacen los ciclistas; denominada como El Infierno, por sus imponentes pendientes que retan a la fuerza física para lograr culminar todo el trayecto. Caminar por allí es un juego místico entre pasado y presente. Cuando era una niña, todos los días se ordeñaba el ganado que estaba en las mangas junto a la casa de los bisabuelos, se bajaba la leche hasta la casa y en la tarde se subía nuevamente para apartar y dejarle sal al resto del ganado. A las vacas les encantaba pastar en esa gran mole de cerro, una de las caras del cerro Pusná, cuyo trayecto estaba marcado por los quingos (camino zigzagueante), recorrido que se hacía eterno. La ruta de hoy me permite recordar lo largos que son algunos caminos y lo corta que puede ser la vida.

Figura 20

Quingos del cerro Pusná



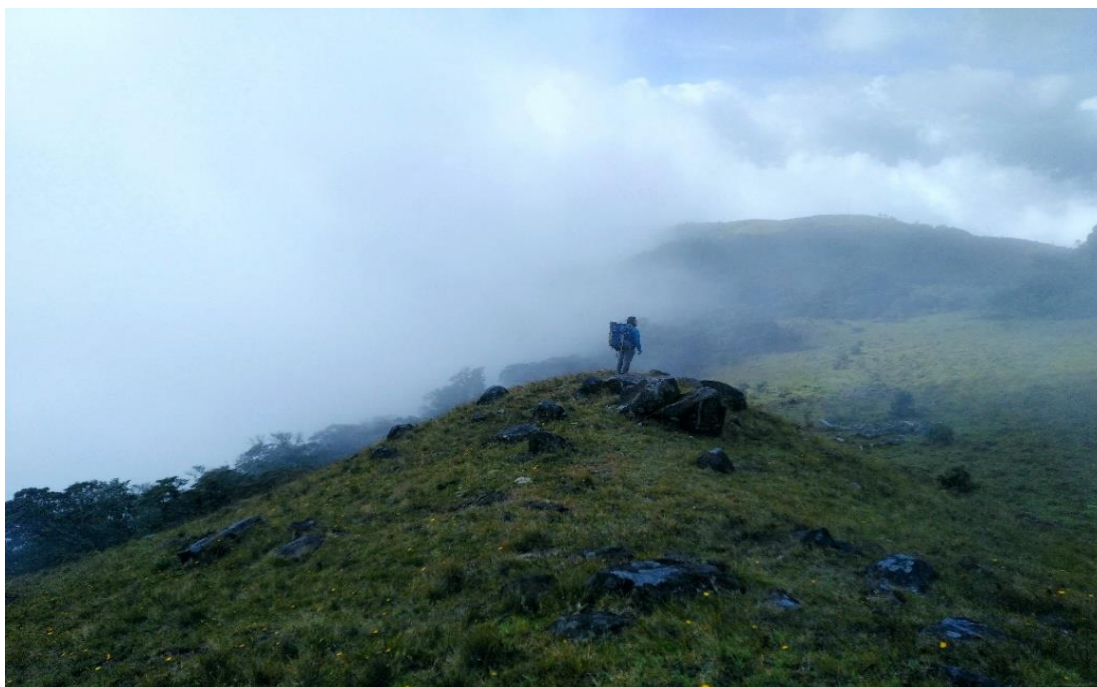
Nota. Elaboración propia.

Se debía llegar a ese calvito de la cima para cerciorarse de que el ganado estaba completo o si faltaba algún toro, una vaca o un caballo; si ello ocurría, debía emprenderse el camino en su búsqueda mirando la seña (huella), rastreando como un buen detective al animal y mirar si este había sido sacado en la tarde o en la noche a partir de unas huellas dejadas y de la apertura con cortafrío del alambrado.

Es así como se rodeaban todas esas montañas que quedaban alrededor, llegando hasta Cuaré, Polulo, Altos de Patía, Puracé y demás veredas aledañas... En esas búsquedas, que podían llevar desde las 7: 00 am hasta las 10:00 pm, era que aparecían los espíritus y la montaña, al sentirse cercada, traspasada e invadida, se cubría con una nube gris, como una gran túnica de la Montaña Viva que acogía entre sus brazos de neblinas densas a los transeúntes, enviando ventiscas. No contenta con ello, producía una lluvia de granizo morado ambientada bajo el feroz sonido de unos rayos que se veían caer muy cerca. Desde aquellos fantasmales recuerdos siento que es un compromiso con la montaña plasmar su voz y no dejar morir sus historias.

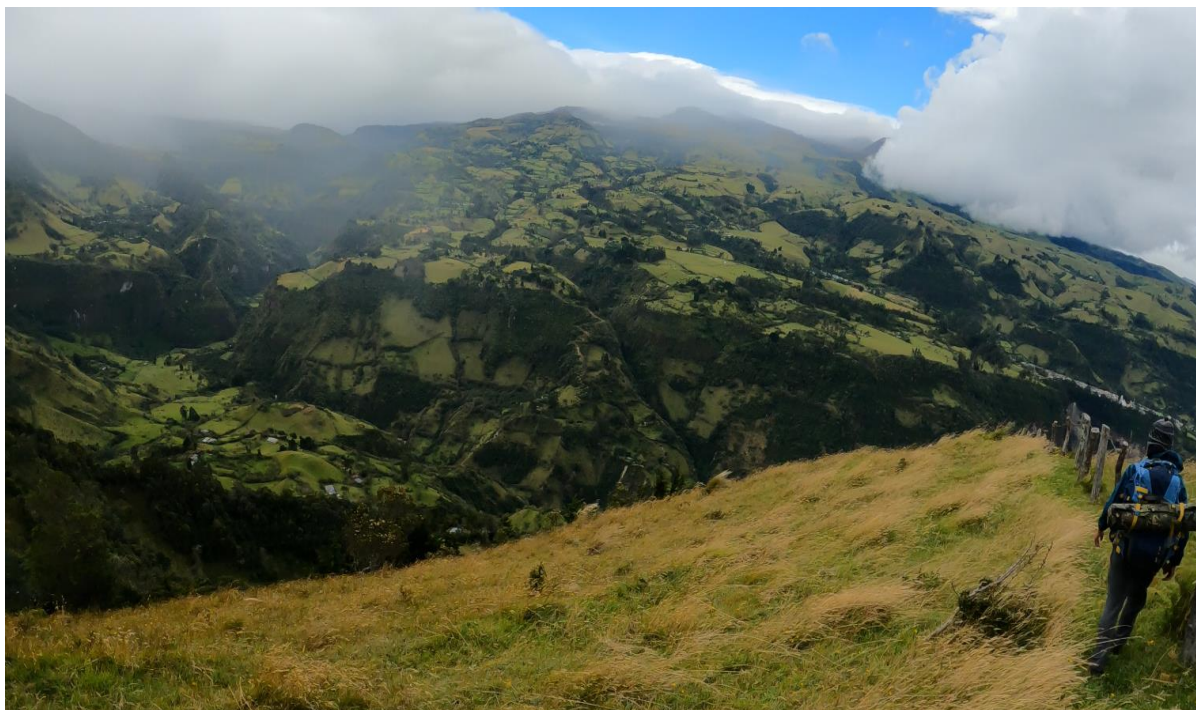
Figura 21

La gran túnica gris de la “Montaña Viva” al sentirse invadida



Nota. Elaboración propia.

Este camino incesante que retorna como un ciclo que nunca termina, permite reconocer el mundo desde una perspectiva panteísta: la comunión entre el ser y la naturaleza en uno solo. Quintana, más que un recuerdo personal, es un territorio vivo que quiere hablar a través de sus habitantes que muestran en cada una de sus historias una forma de ver la vida y fusionarse con ella. En los múltiples recorridos académicos que ahora realizo a esta zona, no puedo desligar en cada paisaje, en cada relato y en cada historia, mi historia, la historia de una niña que creció caminando por esos caminos y montañas.

Figura 22*Camino en el cerro Pusná*

Nota. Elaboración propia. Fotografía tomada en el cerro Pusna, haciéndose camino para llegar al pueblo Puracé luego de un arduo recorrido en la recolecta de cuentos.

En cada paso encuentro una comunión con lo sagrado, con lo que trasciende lo material y lo efímero. Las huellas que se imprimen en el suelo son la conexión con quienes pisaron antes y con los que vendrán después, la danza eterna que se entrelaza en la historia del mundo. Cada caminata se convierte en un ritual, una peregrinación íntima hacia la introspección y la reconexión con lo esencial.

Los caminos de Quintana que he recorrido son senderos de memoria, donde cada recodo me devuelve a fragmentos de mi propia existencia. El tiempo se desdibuja y se transforma en una dimensión atemporal, permitiéndome saborear los momentos con una intensidad sublime. Los paisajes se convierten en un lienzo donde la naturaleza pinta con sus colores y texturas una obra de arte en constante evolución.

Los encuentros con desconocidos y conocidos en mi camino son un reflejo de la diversidad humana como no humana, una oportunidad para entender la vastedad de las vidas que se cruzan en este viaje llamado existencia. Cada paso, un encuentro con el misterio y la incertidumbre de lo que vendrá, pero también con la certeza de que cada paso es una

transformación, una metamorfosis de la que emergió renovada con cada encuentro, relato, atajo, sendero y recuerdo.

Para algunas comunidades del Cauca, las montañas son consideradas como seres que tienen espíritu, piensan, sienten y pueden beneficiar o castigar. Bajo esta apreciación, las montañas traspasan los planos de lo biológico y lo ambiental y se convierten en elementos culturales. Es así como las comunidades clasifican la biodiversidad que lo compone en caliente, fresca, de poder, brava y mansa. En este sentido adquieren importancia los rituales y la transmisión de mitos, cuentos y leyendas contadas por los abuelos que comparten estos saberes que están ligados con la conservación de la montaña. Las narraciones orales están constituidas por la memoria colectiva que se conserva y transmite de generación en generación, de manera espontánea. Mediante esta práctica los pobladores disfrutaban sus costumbres ancestrales en relación con los ríos, las quebradas, las plantas, los animales y demás seres que conforman la montaña viva. Este conjunto de saberes y experiencias se transmitían principalmente por la presencia de los abuelos en la casa, puesto que permanentemente entregaban enseñanzas formativas de sus ancestros y heredaban saberes y tradiciones a sus nietos. Lastimosamente estos saberes pueden tender al olvido puesto que el relevo generacional y la disminución de la población de los abuelos y abuelas en Quintana en los últimos años puede ser uno de los factores que genere que no se transmita este legado Cultural.

Figura 23

Los contadores de cuentos



Nota. Tomado de álbum familiar.

En esta danza eterna de caminar, el tiempo se diluye y el espacio se expande, permitiéndome abrazar la plenitud del universo en cada paso. Cada camino es una ventana hacia lo infinito, un recordatorio de la efímera belleza de la vida y la eterna conexión entre todos los seres. Ahora camino con pasos más firmes apoyada en la añoranza de la infancia y el colofón de tratar de recordar la magia de una historia única. Ahora veo desde la distancia el impetuoso Pusná y traigo a mi mente las montañas verdes, altas y coloradas de mi abuela, de aquella hija del diablo enamorada de un humano... aquellos cuentos que se llevan los ancestros. La nostalgia invade estas líneas y viene a mi mente, mientras divago perdida en el horizonte de múltiples verdes mirando sin mirar, un libro muy íntimo de William Ospina: *Guayacanal*. Cuando leí ese libro me pareció entrever y sentir la historia de nuestros abuelos. Pude comprender un poco más a mi parentela y en ese viaje ver por qué continuamente sentimos el llamado de regresar a casa, a la casa grande, a la casa de todos. Ospina a través de este viaje nos invita a invocar a aquellos que nos legaron su valentía, su perseverancia y su sentido de propósito. No es un acto de sumisión a una huella imperiosa, sino un reconocimiento de que somos un eslabón en la cadena de generaciones:

Hemos perdido tanto la veneración por los muertos y el cuidado de su recuerdo, tanto hemos permitido que se vayan en silencio por el río de las tumbas y no vuelvan a darnos amparo ni consejo, que es necesario invocar a esos que las generaciones mantuvieron presentes, no por alguna huella imperiosa o tiránica sino por el valor que sembraron, el sentido que dieron a la vida de todos. Ahora son profundas las imágenes y están como desvalorizadas por su propia abundancia, en cambio perseguimos las imágenes viejas, cuanto más escasas y abismadas más valiosas parecen, devolviendo trozos de un mundo naufragado. Quedan tan pocas. (Ospina, 2019, p.85)

En la vorágine del avance hacia lo desconocido, hemos relegado la veneración por nuestros predecesores. Sus huellas, historias y sabiduría parecen desvanecerse en el torbellino de imágenes efímeras. En este torrente tecnológico, nuestras raíces son arrancadas y desplazadas. La modernidad nos inunda de conexiones digitales e imágenes fugaces, donde la profundidad se torna esquiva. Somos coleccionistas de destellos superficiales que no capturan nuestra esencia. Hemos olvidado honrar el legado de quienes vinieron antes.

Las antiguas imágenes, supervivientes del tiempo, se tornan invaluable tesoro. Son fragmentos de un pasado sumergido, un vínculo con nuestras raíces y un atisbo de lo que podríamos ser. Cada imagen antigua abre ventanas a momentos congelados: risas compartidas, historias alrededor del fogón de la abuela, senderos y atajos, lecciones transmitidas con amor. Sus valores nos guían para afrontar lo desconocido.

Paradójicamente, en la era de la imagen, las más valiosas son las escasas. Nos traen de vuelta a un mundo de conexiones profundas y lecciones cara a cara, como en este instante en el que caminaba y me sumergía en mí rescatando los recuerdos de los abuelos, sus historias y enseñanzas, como faros que guían en la oscuridad. En un mundo cambiante, estas imágenes anclan nuestra identidad y humanidad, recordándonos que somos parte de una historia que merece ser honrada.

En la ausencia notamos lo valioso de lo cotidiano. El cambio, la transformación de la sociedad colombiana con el paso de rural a urbano aceleradamente ha hecho que los espacios que compartíamos con los abuelos queden en el anonimato para las nuevas generaciones, respiro profundamente y siento que mis pulmones son atravesados por un soplo de existencia que viene directamente de la montaña para recordarme el por qué debo recordar sus historias y despertar la memoria con aires de vida. Ahora, con esa corriente de viento que desfila en este trasegar recuerdo algunos párrafos de *La montaña viva*, un texto de literatura montañista escrito por una mujer que me permito compartir con ustedes, puesto que sus descripciones nos permiten dar miles de pasos inmóviles a bordo de nuestra imaginación:

El aire forma parte de la montaña, que no termina con su roca y su suelo. Tiene su propio aire, y a la calidad de éste es a lo que debe la diversidad infinita de sus colores. Las montañas, marrones la mayoría, se vuelven azules en cuanto las vemos vestidas de aire. Allí están todos los matices de azul, desde el blanco lechoso opalescente hasta el añil. Son de un azul más opulento cuando hay lluvia en el aire. (Nan Shepherd, 2019, p 103)

Con estas palabras de Shepherd, la montaña se revela como un ser vivo, íntimamente conectada con el aire que la rodea. En cada soplo de viento, los colores de las montañas cambian, como si fueran un lienzo que refleja la esencia de la vida misma. Y en esa conexión, en esa armonía entre la montaña y el aire, encontramos un recordatorio de la importancia de mantener viva la memoria de nuestras raíces, de nuestros abuelos y de las historias que residen en esos espacios que poco a poco se desvanecen.

En el trajinar de la vida moderna, es fácil olvidar lo que alguna vez fue cotidiano y significativo para quienes nos precedieron. Pero en ese soplo de existencia proveniente de las montañas, encontramos una razón para mantener viva nuestra identidad, para recordar las historias que han dado forma a nuestra sociedad y para apreciar la belleza de esos espacios que son parte fundamental de nuestra cultura y nuestro ser.

Así, en medio de la vorágine de la sociedad urbana, respiramos ese aire montañoso que nos recuerda nuestra conexión con la naturaleza y nuestra historia. Es en ese acto de recordar, de revivir las tradiciones, las leyendas, mitos, cuentos, saberes que nos han sido transmitidas, que encontramos la esencia misma de lo que somos y lo que podemos llegar a ser. Y con ello, despertamos la memoria con aires de vida, manteniendo viva la llama de nuestras raíces y abrazando el legado de nuestros antepasados. En ese proceso de reconocer lo valioso de lo cotidiano, en esa búsqueda de nuestra identidad y sentido de pertenencia, encontramos una verdadera conexión con el alma de nuestro territorio.

Refugios Rurales: La Construcción de Identidad en un Entorno Natural

Uno de los aspectos que autores como Noguera logra percibir y plasmar alrededor del temas culturales como los saberes tradicionales, es la pérdida de su importancia para las nuevas generaciones, posiblemente como efecto del fenómeno de la globalización que provoca que la comunidad desconozca su cultura y se vaya perdiendo la noción tradicional del territorio. A lo largo de este viaje al pasado, descubrí que a partir de los relatos que conforman la memoria, el conocimiento y el saber se construye el territorio. Este surge de prácticas cotidianas y del habitarlo por parte de la comunidad. Por tanto, existen espacios colectivos que propician los rituales: uno de ellos, con una trascendencia vital, es la cocina, espacio cargado de significados; otro es el fuego, elemento abrigador que invita a la comunalidad en torno al calor y a los alimentos, que significó en algún tiempo la amalgama perfecta que propiciaba el encuentro en torno al tejer las palabras: pasado, presente y futuro juntos, trayendo consigo los relatos orales contados y pasados de generación en generación.

En tiempos pasados, la cocina era mucho más que simplemente un lugar para preparar alimentos: era el epicentro de la vida familiar, un espacio propicio para el encuentro y la comunión. Era en la cocina donde las historias y las tradiciones se transmitían de generación en generación. La hornilla, con su fuego crepitante, actuaba como una metáfora de cómo, al

alimentarla con leños y estar atentos, se avivaba la llama de la convivencia y la conexión humana. Este proceso guarda una sorprendente similitud con la comunicación interpersonal. Al igual que en la cocina, basta con propiciar el espacio adecuado, observar los gestos del otro y prestar atención a lo que nos dicen para avivar las llamas de la interacción significativa.

Hoy en día, los diferentes espacios que solían ser centros de conexión humana han tomado una dimensión diferente. Nuestros pensamientos están mediados por la racionalidad impulsada por el tiempo, y nuestras relaciones se han fragmentado debido a la tecnología. Este fenómeno se manifiesta con mayor intensidad en las relaciones familiares, donde la cocina como espacio de encuentro ha sido desplazada por la prisa y la comodidad de la comida rápida. Las interacciones familiares se debilitan, y con ello, los relatos que solían enriquecer nuestra herencia cultural y nuestras conexiones emocionales desaparecen. Hemos caído en la trampa de la tecnología, y los dispositivos electrónicos se han convertido en una presencia constante en nuestras vidas. Estos dispositivos, aunque útiles en muchos aspectos, nos han alejado de las experiencias humanas genuinas. Para reconstruir y fortalecer nuestras relaciones sociales, es fundamental que tomemos distancia de estas distracciones tecnológicas y fomentemos encuentros más humanos.

El resguardo de Quintana no es ajeno a esta problemática y ella nos demanda identificar, recopilar y proteger estos saberes que recorren los valles y montañas, y a tomar acciones para el cuidado de este legado cultural y la conservación de la montaña, así como reconocer por medio de las narraciones, las voces de quienes caminaron, vivieron y gestaron gritos empoderados que avivaron conciencias. El mejor ejemplo de esto es el de Quintín Lame, que se educó en las selvas (aulas vivas), y cuyo espíritu indómito retumba en los filos, valles, riberas, aves, rayos, lluvias, vientos y demás elementos que surcan el paisaje de la vereda de Quintana, que recorre las venas de este territorio-naturaleza.

La hacienda de San Isidro perteneciente al territorio de Quintana, es el libro vivo donde se perciben, se huelen y se sienten las historias de este hombre que avivó las voces subyugadas generando disputas y conflictos entre indígenas, campesinos y terratenientes por la recuperación de terrenos y con ello la recuperación de la libertad. Es preciso traer a manera de ejemplificación a Quintín Lame, quien deja un enorme legado puesto que a pesar de padecer en su cuerpo y mente la estigmatización y desvalorización, logró lanzar su grito de resistencia conformado nuevas formas de concebir lo pedagógico, que incluye los saberes y conocimientos tradicionales,

la apropiación del territorio, la cosmogonía, las relaciones armónicas entre los seres humanos y la naturaleza, entre otros. Es por la voz de Lame y muchas voces más que se hace necesario rescatar la historia oral enterrada en la maraña natural y olvidada de Quintana:

Porque la Naturaleza me ha educado, como educó las aves del bosque solitario, que allí entonan sus melodiosos cantos y se preparan sabiamente para construir sus casuchitas, sin maestro. Y me cantaban las aves. Y la misma naturaleza me acariciaba y me regaba con flores, hojas y gotas de rocío, cuando recibía el beso maternal de mi madre. (Lame (et al) , 2020, p 126)

De lo anterior afirmamos que los abuelos son sabedores de historias y magníficos contadores de cuentos, son vitales para conservar la memoria viva de la montaña y llevarnos de la mano a recuperar el buen vivir; pero, es importante reconocer que estos abuelos también fueron niños que escucharon con atención las historias de sus padres y abuelos, que alguna vez creyeron con certeza absoluta en el duende y sus historias de montaña.

Al iniciar este trabajo y en búsqueda del semillero de historias, llegué a la Institución educativa las Huacas, sede Quintana, contando un poco acerca de mí, de lo que he vivido en este territorio. Esto suscito que ellos me contaran sus relatos debido al pacto que se estableció en este instante, que nos permitió encontrarnos con aspectos en común en relación a las vivencias que hemos tenido en esta vereda. Así se consolidó el fuego de la confianza.

Todo se quedó en silencio, y como en la penumbra de una cueva, se ha encendido la antorcha que encamina las palabras. Todos se acercaron más y más y una de las niñas, Erika, empezó a contar las historias que le conto su mamá, y nos relató con voz susurrante, mientras todos abríamos nuestros ojos más y más, como si por inercia esto nos permitiera escuchar, la historia de que el duende hace varios años engañaba a los niños cubriéndoles los ojos, haciéndose pasar por sus madres, y se los llevaba a la chorrera, porque ese es el lugar donde él vive, donde canta y llama a sus amigos: el jinete sin cabeza y un gallo que, si canta a las doce de la noche, es porque el diablo anda por ahí. De un momento a otro, las llamas imaginarias se encienden con más brío, y muchos de los pequeños narradores dicen que han escuchado al duende cantando cuando se han quedado jugando en la escuela en la noche, o en los árboles de sus casas. Nunca lo han visto, pero saben que existe y que sus abuelos, abuelas, padres, madres, tíos, tías, hermanos, hermanas, amigos y amigas les han contado muchas historias en que el duende le sale a los niños cuando no hacen caso o cuando dañan la naturaleza. Este interesante y

nostálgico encuentro con estos niños semilleros de tradiciones y trasmutadores de la historia dan certeza al planteamiento inicial de este trabajo, que busca que la oralidad sea ese hilo conductor que nos lleve a preservar la cultura y con ello el cuidado y protección de nuestra mayor riqueza la naturaleza.

Este ejercicio me llevó a los recorridos mentales de mi niñez, al evocar los relatos que me fueron contados por mis abuelos y por Hugo. Bajo esta apreciación, la naturaleza traspasa los planos de lo biológico y lo ambiental, puesto que estos seres no-humanos no están separados de la cultura..

En esta dirección, mientras nos contábamos esas historias en el salón de clase, historias sobre los cerros que encontramos en Quintana (el Puzna, Tomaire y Cargachiullo) y que hacen parte de nuestra memoria colectiva, Yimi uno de los niños, nos empezó a contar sobre algo que le dijo su padre de la cordillera: *Él me contó que un día que fueron a la cordillera, esta se puso brava y empezó a llover y temblar.* Estos relatos, muchas veces contados alrededor del fuego abrigador de la hornilla, promueven que la viva voz genere la difusión de la narrativa oral, por medio de la cual expresan sus creencias en relación a los seres provenientes de la naturaleza y la forma en cómo conciben lo que ven y sienten con base a sus conocimientos empíricos.

Figura 24

Conociéndonos y ubicándonos en Quintana



Nota. Elaboración propia.

Al vivir la experiencia con los niños y niñas, compartí con ellos fotografías y un pequeño mapa que hicimos de la finca con primos y primas hace muchos años, con el objetivo de ubicarnos espacialmente, y para acercarme a ellos compartiendo vivencias de lugares comunes que hemos recorrido. Al hablar con ellos y ellas, tratando de ubicarnos con una fotografía que llevé, muchos de ellos no pudieron localizar sus casas, puesto que algunos recorren trayectos de una a dos horas para llegar a la escuela. Conversar con ellos y ellas me permitió evidenciar lo poco que sabemos sobre el lugar que creemos habitar.

Figura 25

Finca El Porvenir



Nota. Elaboración familiar.

Las conversaciones con el etnógrafo Franz Faust han atizado en mí, a través de sus libros y encuentros, el ojo agudo del observador paciente, quien como un animal de monte espera entre matorrales una oportunidad. En mi investigación, esto me sirvió tanto para volver a recordar los caminos de Quintana, pero también para encontrar las historias de los niños y niñas de la comunidad de Quintana. Él plantea que en el instante en que se relata, no se debe acudir a preguntar sobre algo, sino pedir la explicación de lo que se está narrando, apropiándonos de la capacidad de escuchar, asumiendo siempre la posición del aprendiz. Fue este encuentro con estos infantes el escenario ideal para que, bajo la figura del observador paciente, me diera cuenta de que los niños, a pesar de que saben algunas historias, están perdiendo mucho su capacidad de oratoria y el conocimiento de su hábitat y por ende su sentido de pertenecía. El llamado es a que los niños no dejen de ser esos ayudantes mágicos del gran duende, y mensajeros de los abuelos, preservando a través de la oralidad el cuidado de la naturaleza, instituyendo la memoria colectiva propia de las tradiciones del territorio, contribuyendo al rescate de las tradiciones con la memoria generacional, para que el gran duende cuidador no acalle jamás su voz y su mirada y así siga recorriendo el diario vivir en el territorio de Quintana.

Capítulo III: Encuentros y Diálogos Alrededor del Fogón

“somos cuentos de cuentos contando cuentos, nada. Siete palabras melancólicas y escépticas que definen el ser humano y resumen la historia de la humanidad.” (SARAMAGO, 2001)

Buenas tardes vecin@, mi nombre es Yennifer, soy hija de Bibiana Hernández y nieta de la señora Yolanda... Esa es la única llave que necesito para entrar a los hogares de los pobladores de Quintana, quienes con su particular sencillez abren las puertas de sus casas y con ello, abren también su corazón lleno de historias y añoranzas que nos recuerdan que estamos vivos. Allí, en ese pedacito de territorio colombiano, se condensan tantas historias que están perdidas en los recuerdos y que tan solo con nombrarlas se incorporan en la oralidad. Nuestros abuelos se convierten en expertos narradores que tienen la habilidad de sumergirnos en historias que nos mantienen en vilo, historias iluminadas por el pasado y que son adecuadas, acondicionadas, convertidas, según el receptor y el escenario donde sean narradas.

Primera Parada: los Habitantes Mágicos de la Vereda

Los espacios rurales de Quintana se convierten en vastos escenarios donde confluyen los elementos mágicos de lo paraverbal, sensorial y oral, en donde la oralidad puede existir sin la escritura. Así pues y, a la espera que las palabras me lleven a materializar esos hechos que se han suscitado en la montaña, inicio el recorrido más interesante dentro de la travesía: camino hacia la cima del cerro Pusná, por un atajo colorido, y como si tuviéramos una cita programada por el destino, encuentro en una pequeña silla de ordeño al señor Lame, quien combina unos tímidos ojos azabache con una sonrisa de antaño, que se marca más al contarle que soy de la dinastía de los Hernández y que tan solo quiero recopilar los cuentos de los abuelos que se están perdiendo entre el trasegar de los años y la muerte implacable, que en los últimos años ha acelerado su paso.

Bueno yo les cuento lo que sé, pero ojalá no nos llueva: ayer estaba haciendo bueno y hoy que tenemos visita esta como oscuro.... porque hay gente que ya va camino al cerro. Por eso, precisamente cuando pasa eso, es que la misma montaña se defiende ella solita.

Que día vino mucha gente rara, algunos a quedarse a dormir, y cayó un agujero fuerte con granizo y todo. Al otro día que se fueron nuevamente salió el sol. (Lame, comunicación personal, 2019)

Yo vivo en esta zona hace como 50 años, cuando todo era montaña. Ahora ya tenemos limpio un buen pedazo. Todo esto fue de la rica, misia Josefina. Ella nos vendió y era puro monte. Nosotros fue que limpiamos esto con mi papá y el finado Patricio que nos ayudaba aquí a sembrar ollucos en todo esto (mira con nostalgia y baja la cabeza). En la época que la tierra se dejaba trabajar sin tanto abono. (Lame, comunicación personal, 2019)

En este pequeño aparte de la entrevista con el señor Lame, se refiere a cómo se da, de manera empírica y sin premeditación, corporalidad y sentimientos a la montaña, la cual genera sus métodos de defensa ante la depredación humana. Para algunas comunidades del Cauca, las montañas son consideradas como seres que tienen espíritu, que piensan, sienten y pueden beneficiar o castigar. Bajo esta apreciación, las montañas traspasan los planos de lo biológico y lo ambiental y se convierten en elementos culturales en donde las narraciones orales pueden ser constituidas como memoria colectiva que se conserva y transmite de generación en generación, de manera espontánea.

El tema de lo mágico, lo escondido, a lo que no podemos dar explicación, genera en todos los seres humanos un atractivo particular. Creo que nuestros mecanismos mentales primarios se repiten, desde el Paleolítico de nuestros padres cazadores y recolectores de frutos a través de todas las culturas de la historia humana. La palabra une la huella visible de la cosa invisible, con la cosa ausente, con la cosa deseada o temida, como un frágil puente improvisado. El caso de Quintana y sus narrativas orales casi en su totalidad tiene ese toque misterioso de personajes inanimados que cobran vida, de espíritus que se esconden en la montaña, en fantasmas que siempre toman formas diferentes y que perviven en el territorio para darnos una enseñanza.

Yo desde que entré a trabajar aquí me he topado varias veces con el duende. Cuando recién entramos sí jodía aquí abajo en la casa. Cuando recién hicimos la casita, ahí pues, cantaba de noche. Él sabe cantar. Pero ya cuando empezamos a trabajar ya se ha de haber ido, porque por ahí ya no lo oímos, horita ya no, cuando va a morir gente si canta pues, por ahí por la casa de resto no. (Lame, comunicación personal, 2019)

Respiro profundamente y veo con melancolía que el territorio de Quintana, además de ser hermoso es intrigante y cada paso me acerca con más convicción a concluir que este camino nunca acaba. En mi caminar, abstraída con la naturaleza, no me había dado cuenta de que ya estaba llegando a la parte alta del cerro y que allí estaba un pequeño infante que parecía ser parte del paisaje. Me acerqué un poco más y me di cuenta que esa carita ya era conocida, era John, un niño con el cual estuve hablando en nuestro encuentro con los estudiantes de la Escuela. Él, sin levantar la mirada, dijo: *Hola profe, estoy aquí cogiendo señal del celular, porque solo aquí al lado de la torre sirve* (Jhon, comunicación personal, 2019).

Figura 26

El cerro y la tecnología



Nota. Elaboración propia.

Encontrarse en una sola imagen la tecnología, la naturaleza y las nuevas generaciones, lleva a inferir que la dinámica mundial está cambiando y es necesario que la oralidad y la mística de los pueblos tome formas variadas de conservación, donde herramientas propias de la modernidad tengan roles activos para preservar la memoria... Me siento al lado de Jhon, quien no despegó los ojos de su celular, y le indago con sutileza sobre las historias que en su corto vivir ha escuchado de sus padres y abuelos, y hasta las que ha vivido:

Del duende... lo he escuchado por acá, también la llorona, la bruja (despega los ojos del celular y sonrío). Lo he escuchado que llora cerca de mi casa. Un día había llegado y toco quemar lana de ovejo y ya se fue; con lana de ovejo negra el duende sale corriendo... Antes iba más a mi casa, ahora ya no, creo que porque ya no hay bebes; él solo suena por la montaña. (Jhon, comunicación personal, 2019)

John con marcada inocencia nos muestra que la concepción de lo sagrado sigue siendo fundamental para el vínculo entre humanos y seres divinos. Elementos de protección tradicionales, como la lana de ovejo, que los campesinos suelen tener en casa para ahuyentar al duende cuando molesta mucho o cuando está interesado en llevarse a un niño o niña de la casa. Esto muestra un vínculo estrecho entre lo palpable e impalpable, y que estos seres míticos pueden convivir en diversos escenarios con los seres humanos, y en este tema los niños juegan un papel muy importante, porque se convierten en los trofeos que siempre se quieren llevar figuras como el duende, la llorona, la madre monte, entre otros personajes centrales de los mitos que todos conocemos.

Mi papá qué días encontró un espanto, por ahí en una finca donde hay toros bravos. Él venía en la moto de noche y un señor con un manto así negro, arriba era blanco y abajo era negro, y le paraba la mano para que lo llevara y quién sabe qué sería, de pronto quería llevarnos a nosotros sus hijos. (Jhon, comunicación personal, 2019)

En el territorio de Quintana son múltiples las historias donde los niños son atraídos por figuras míticas que se los quieren llevar a vivir al monte en la montaña, o sumergirlos por siempre en los ríos. Algunos pobladores afirman que muchos niños y niñas eran enviados a las montañas a ordeñar, o a apartar. En ese momento el duende se valía de muchas artimañas para engañarlos y llevárselos. Algunos se curaban y otros desaparecían para siempre; otros quedaban enfermos con fuertes dolores de cabeza; otros volvían con mensajes para cuidar el agua o la montaña. Lo cierto es que los niños, por su vitalidad, simplicidad y amor por su hábitat, serían los ayudantes perfectos de los duendes en el cuidado y preservación de la madre tierra con sus montañas imponentes, sus valles resplandecientes, sus ríos mágicos y sus bosques encantados. Me despido de Jhon, quien se queda sentado en lo alto de la montaña mientras me observa bajar. Nunca sabré si Jhon es un aliado de los duendes, que estaba allí para contar sus historias y no dejar morir la tradición, volteo a verlo para inmortalizar el momento y al mirarlo parece parte del paisaje, niño, montaña y celular.

Los caminos son cíclicos y esta no fue la excepción, seguir dando pasos para avanzar me llevó al inicio. Llegué a esa casa en la cual no debo presentarme, a esa casa donde cada rincón tiene una historia, donde los árboles, los bichos, la cocina de leña, la cobija de cuadros y las boticas de caucho me reconocen. Allí estaba, en casa de la abuela. Esta vez al calor de un aguapanela inició una alegre conversación con el tío Jaime, que estaba visitando a la abuela convaleciente.

Figura 27

Casa de la abuela Yolanda



Nota. Elaboración propia.

El tío Jaime, al igual que los moradores de la zona, confluyen, en el momento de narrar sus historias, en que son muchas las formas, nombres y similitudes que se dan a los espectros de la montaña: el guando, la mano negra, la llorona, la sombrerona, el duende... personajes que toman formas distintas, pero que siempre son protagonistas de las noches de fogata, de las tardes con aguapanela, o de los días fríos, en que los adultos y niños quieren deleitarse y aterrarse con sus historias. El tío con sus dotes de narrador inicia.

¿Sí el guando vive en Quintan y Salíamos a cazarlo no? (Dirigiéndose a su madre que está escuchándolo) ¿Se acuerda mamá cuando estaba chiquito? El duende salíamos a cazarlo también, yo sería así como el Samuel, tendría unos 4 años y salimos qué a cazar

el duende ¡hijuepuerca! Y esos caballos relinchaban allá al otro lado. Había luna ¿mamá sí se acuerda? No ama, qué se va a acordar, vivíamos allá, en la cocina vieja. Cuando que salimos y esos caballos empezaron con una relinchada brava. Ahí al frente de la casa chillaban esas yeguas. En medio de esos chillidos, se oyó el chillido más fuerte era el duende ahí ¡Juepucha! salió mi papá, mi tío Higinio, Salomón y yo a la pata...mi tío Salomón lo vio, no sé si sería cierto (risas) Que ahí estaba el rastro, como había luna, estaba mojado porque se había pasado por el río por una piedra. Nos dieron como las nueve o diez de la noche cazando ese duende por allá, había luna, nunca supimos si había sido en realidad el duende o el guando y bien pudo haber sido la mano negra. (Jaime, comunicación personal, 2019)

Figura 28

El guando



Nota. Ilustración digital del maestro Jason Correa.

Los aportes del inicio de este relato, nos remiten de nuevo a la utilización de la memoria individual y colectiva como fuente primaria para hacer historia, y cómo estos relatos hacen uso de la memoria colectiva para darle forma, aprobación y sentido., estas historias de Quintana unen familias, atan lazos del recuerdo y forman identidad, lo que puede llevar a considerarse que estos espectros no solo habitan las montañas, sino también los corazones de quienes alguna vez los

sintieron, los vieron o hemos escuchado sobre ellos, no solo para dejarnos enseñanzas sobre el cuidado de la naturaleza, sobre el bien o el mal, sino que también, son generadores de unión y recuerdos que permanecen en el alma como los recuerdos ahora narraciones del tío Jaime...

Mi abuela sí contaba que ella había visto, tenía una huerta y que las vacas se le metían a comérsele la cosecha, ella tenía unos cercos de madera, como no había alambre. Ella todas las noches iba a cuidar su huerta para que no se la comieran las vacas, y allá había una puerta en el camino, una puerta grandotota, pesada que está ahí ¿se acuerda? De donde Zara para abajo. por esa agüita, cuando pasó un tipo en una mula negra y que la mula bramascaba, echaba candela y pum ese man no abrió la puerta, sino que por encima salto la mula. La viejita estaba por ahí encima y en ese tiempo si como que había diablo, esos eran los cuentos de antes y con eso vivía asustado uno, pensando que no podía andar de noche, no andaba la gente de noche, le daba miedo. (Jaime, comunicación personal, 2019)

Se advierte cómo el contador cuenta la historia de manera impersonal, para recaer luego sobre su propia experiencia. Sin embargo, aquí lo impersonal no es más que la experiencia aproximada de lo que el tío Jaime conoce: es su memoria individual relatada, a partir de los saberes de su medio, como memoria colectiva, que nos muestra conductas que pueden marcar normativas sociales regidas en este caso por las apariciones que determinaban horarios, toques de queda colectivos que, aunque no estaban normados, sí eran una regla regida por el miedo a encontrarse algún espectro de la noche, aunque con certeza muchos quisieran toparse con alguno de ellos para cazarlos, demostrando poder y reconocimiento de la comunidad.

Viendo el atardecer como un manto naranja sobre la casa, y en vista de la advertencia que trae la noche, y después de dos aguapanelas, me despido con nostalgia de mi tío y mi abuela, el camino debe continuar.

En en estos caminos de múltiples opciones que ofrece Quintana, es fácil escoger la ruta adecuada que me llevará a encontrar más narraciones, y como si el destino y el pasado se unieran en el tiempo, llegué a la tienda escenario de los recuerdos de mi niñez, y allí estaba como enmarcada en un pintoresco cuadro. Mery, la hija de don Silvio, quien me recibió con una sonrisa un tanto tímida: *!qué bueno tenerla por aquí; Usted es la Nieta de Yolanda ¿cierto?* Otra vez mi llave de acercamiento provenía de aquella casta de los Hernández, y se inició el diálogo, en el que mostré mi interés por las historias de la zona.

Yo no sé mucho, pero el tema de los espantos era bravo antes. Pero creo que todavía ellos se muestran. Decía mi mamá que los caballos aparecían colgados en los palos arriba del cerro, que eso cuando se enojaba mucho se ponía muy nubado, que por allá los caballos estaban colgados en esos palos, eso contaba mi mamá, yo no sé cómo harían para colgarlos por allá, pero son espíritus que no se ven pero que existen. (Mery, comunicación personal, 2019)

Este proceso de investigación aborda el mito como un componente eficaz de la cultura, que trata de historias que encubren una lógica implícita presente en el pensamiento de los pueblos y pasa a concepciones poco racionales, donde los espectros están siempre aquí entre nosotros.

Mi mamá sí contaba que para allá para el cerro era jodido eso. Para Cargachiullo sí es feo [perturbador, bravo], por eso nunca he ido. Había un pedazo ahí que decían que salía el duende, en esa parcelita que tienen ahí (señala con la boca) en Santa Martha, que esa parcela es de los duendes, porque queda abajo en los huecos y es hondo bien horrible. Que eso es feo, por eso no me he metido, eso es una huecada bien abajote, con unas cuevas que hay para adentro, ahí si me da miedo. (Mery, comunicación personal, 2019)

Figura 29

Trenza del duende

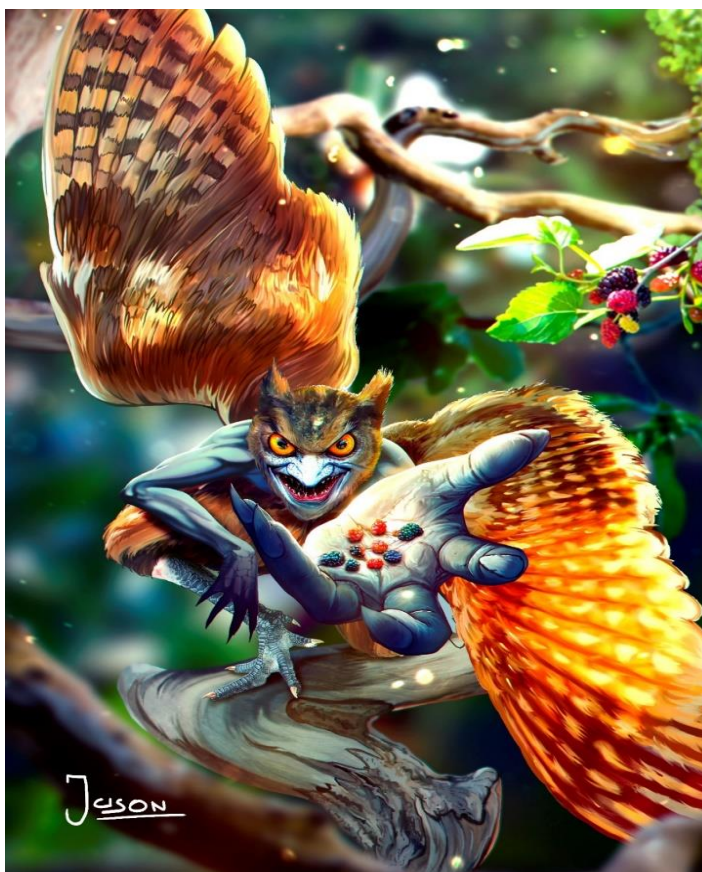


Nota. Elaboración propia.

Concepciones como lo feo, lo bonito, lo bueno y lo malo, no dan pie solamente a la interpretación escueta de la palabra. Para el campesinado va más allá, porque contiene dentro de su significancia una unión de aspectos como el desplazamiento, las condiciones geográficas, las distancias, las facilidades de cultivo. Podemos encontrar entonces que lo horrible es categorizado como todo lo lejano, con dificultades de acceso; por eso son descritos como feos los peñascos, las cuevas, las zonas fangosas, o rocosas, el bosque enmarañado y las tierras secas, terrenos inhóspitos que son propiedad de la naturaleza y por ende del duende, del Sombrerón, de la mula sin cabeza, del guando y demás liga de la justicia natural, quienes vigilan su gran tesoro. Por eso las zonas categorizadas como “feas” son casi siempre el lugar donde ocurren las apariciones y los grandes misterios.

Figura 30

El duende de Quintana



Nota. Ilustración digital por el maestro Jason Correa.

Ese lenguaje se convierte en un patrimonio natural y social de los pueblos, del cual es posible evidenciar la relación del mito con la tierra como referente central y su aporte a la producción alimentaria; el territorio y la naturaleza como espacios de elaboración y reelaboración de la memoria colectiva.

Va cayendo la noche y con la intrigante sensación de querer sentir ese miedo combinado con éxtasis que tenía cuando era niña y me contaban las historias, llego donde Elver. Él vivía en una de las pocas casas que quedan alrededor de la casa de mi abuela. Tiene casi mi edad, es hijo de don Paulino y nieto de la finada Aleja. Siempre lo vi pasar cuando niña por el frente de la casa de mis abuelos, bordear el bosque de una montaña en un caballo cenizo. El cielo está plagado de estrellas, y complacida por un paisaje sonoro, con el musitar de un viento paramuno leve, el canto de *un ataja* caminos (*Systellura longirostris*), y una fogata, se dio rienda suelta a la narración:

El cuidador del cerro Pusná es el fantasma del señor Ignacio Muñoz, que fue el dueño de la hacienda San Isidro y de todo esto. Dicen que hizo un pacto por allá atrás con el diablo y que por acá tenían sus tesoros, sus cosas, y que el alma de él quedo recorriendo estos sectores. En una oportunidad, como a las 4 de la tarde que estaba súper nublado y yo estaba aquí en la casa, los perros salieron para allá, pero ladraron un momento y se devolvieron y se quedaron callados, y yo escuche que bajó un caballo a mil, y yo siempre he sido curioso, entonces me le adelanté acá que, al salir, no había huella, no había nada, no pasó ningún caballo por ahí, pasó el caballo volando, eso te cuento que lo he escuchado, no vi al personaje, pero lo sentí. (Elver, comunicación personal, 2019)

Don Ignacio Muñoz el primer espectro traído de la narración de Elver, nos trae a reflexión la avaricia que bien podría ser personificada por el diablo y su fundamento en los diferentes imaginarios que se articulan con la moral, el estatus social, las diversas fuerzas de la naturaleza que tiene poderes fantásticos de cuidar y proteger su propia morada de extraños.

Acá se han perdido, han pasado datos curiosos. Esta loma tiende a envolar la gente, al que venga así lo envolata, hace como 8 años llegaron a la parte de acá atrás 4 personas, tenían el camino clarito, pero llegaron a un punto que giraban en círculo y no encontraban la salida. Una mujer de la zona que los acompañaba y al ver que no salían le tocó ir a buscarlos. Este cerro tiene su encanto. Para que no le perdamos el respeto, porque la misma naturaleza tiene su vida, su momento y sus secretos. En eso yo le preguntaba a un

amigo que conoce bastante esa parte espiritual: me decía que hay una infinidad de espíritus y decía: en esta montaña hay riqueza, pero dijo *eso está muy protegido, tiene su cuento*. Él sí me hablaba bastante de ese tema, inclusive él me decía que la enfermedad de mi padre podía radicar desde ahí: mi papá tiene algo como Alzheimer, pero eso fue algo espiritual que a él lo asustó acá; mejor dicho, que él tiene susto. (Elver, comunicación personal, 2019)

Franz Faust (2021) en sus textos hace referencia a la “enfermedad de susto” como esa creencia popular que con frecuencia ocurre en los Andes, en la que se afirma que una fuerza sobrenatural puede generar dolencias, pérdida de espíritu vital o comportamientos inexplicables. El susto afecta a los que han tenido encuentros directos con los seres espectrales que habitan la montaña, especialmente niños, quienes son sahumados por las abuelas, portadoras de saberes tradicionales médicos, quienes saben llamar el espíritu de la persona para que regrese al cuerpo, aunque si es un susto intenso el enfermo sufre de un frío intenso que anuncia la muerte.

Cuando era más chico, porque nosotros nos criamos acá con mi hermano, éramos muy curiosos y nos metíamos por acá abajo a la montaña en el bosque. En una oportunidad alcancé a mirar como una flor llamativa, con un color llamativo, y nosotros a acercarnos a ver qué era. Le cuento que llegamos al punto donde creíamos que estábamos cerca y no, eso se seguía alejándose, y ya sentimos que ya nos estábamos internando más en el bosque y nos devolvimos. A veces se escuchan sonidos, se escuchaba como que anduviera gente por ahí o un radio, como una especie de sonidos, pero si tú te acercas a eso nunca los encuentras; hay veces pareciera que la montaña hablara como en eco...y brama duro cuando esta brava. (Elver, comunicación personal, 2019)

Ese relato me hace recordar a las Fresas del Duende (*Potentilla indica*), un fruto silvestre que se da en los bosques y que, según contaban mis abuelos, se encontraban a la orilla del camino para atraer a las personas. Decían que el duende las hacía aparecer mágicamente y que quien se las iba comiendo, poco a poco se iba adentrando en el bosque hasta que llegaba un punto en que se encontraba perdido e inmerso en sí mismo, y por fuera del camino. También contaban que al dar vista atrás observaban que no había ningún camino para retornar, pues por donde venía parecía que no hubiese pasado nadie por allí, solo habían matorrales altos sin ningún tipo de seña de haber pasado previamente.

Figura 31

Fresas del Duende



Nota. Elaboración propia.

Segunda Parada: la Defensa de la Montaña y las Supersticiones

Las estrellas se van apagando una a una y la noche se acaba. El amanecer, con ese sol brillante que se trasluce sobre la carpa, indica que ya es hora de seguir el camino, un camino que me lleva a la infancia, al recuerdo de un hombre que tenía el don de revivir a los guardianes de las chorreras y montañas, de describir a los duendes que ciegan, que lloran en ríos y que tiran piedras y esconden en peñascos a sus presas, que capturan en medio de frondosos bosques, demonios de fuego, piedras en montañas sagradas que ahuyentan al invasor con descargas de granizo morado, son los dibujos hechos de palabras que esta vez espero plasmar con los relatos de Hugo:

Me gusta que esté por aquí visitándonos. Yo la recuerdo desde que era bien chiquita. ¿Quiere que le recuerde los cuentos que antes la asustaban? (Risas). Listo... empecemos, son los mismos de siempre, eso la gente antigua era la que contaba más antes. La gente de antes sí tiene historias, cuentos. Las historias que me sé es porque me las han contado. Uno se agarraba a oír, ellos se agarraban a contar y uno oía. Ahora es que nadie oye y no se les pone atención a los ancianos. Eso a la gente ya casi ni le interesa. (Hugo, comunicación personal, 2019)

A pesar del esfuerzo consciente de los grupos humanos por encontrar su pasado, sea este real o imaginado, la pérdida de la memoria histórica de los abuelos es una realidad. Hugo, un trasmisor de la memoria colectiva, reconstruye relatos del pasado encontrando la brújula que nos devuelve a las tierras de Quintana.

Por allá atrás se llamaba El Higuerón, eso era una montaña grande cuando eso todavía era de los ricos. Como eso era de la hacienda de San Ignacio, era montaña. Sino que eso la talaron fue ahora que se agarraron a echar motosierra; la dejaron pelada, porque eso era una montaña grande. Pues que en ese tiempo decía la gente, disque el duende los hacía correr para que no tumbaran esos palos. La montaña se ponía brava y echaba granizo morado. Esas tierras son, así como la cordillera, ya son bravas, no les gusta que la gente se meta por allá pues. Se enoja cuando la pisan o alguna cosa pues. Entonces que eso que era allá el cerro era bravo. Ahorita es que se ha amansado pero ni en eso, porque ese cuando se enoja le hecha paramuada y lo hace correr a uno de allá. No ha visto que hay dos lagunitas como para el lado de acá abajo. Decía la gente que cada que sube tenía que llevar una piedra y tirarla ahí para que no se embraveciera (risas). (Hugo, comunicación personal, 2019)

Figura 32

Cerro Pusná manso



Nota: Ilustración digital del maestro Jason Correa.

Para los habitantes del territorio de Quintana es muy popular escuchar sobre las tormentas acompañadas de granizo morado. Cuando la montaña se siente invadida y se pone brava, o las bramadas que da el bosque cuando está enfurecido y hasta hace temblar la tierra, o los duendes que salen por montones cuando hay deforestación. La historia narrativa y los mitos que ella encierran no son un abstracto fantasioso sin contenido, sino un espacio para repensar el modo en que interactuamos con la naturaleza. Todas son expresiones de su vitalidad y también de su debilidad; son sitios de poder y fuerza.

Las sombras espectrales que habitan la montaña han mostrado con sus apariciones una filosofía de autocuidado, donde es necesario lograr un balance entre las necesidades del ser humano y los recursos que nos proporcionan, dejando a un lado la explotación irracional ilimitada e insostenible de los recursos, y que se respeten los umbrales que establece la naturaleza, además de su capacidad de regeneración, así como su derecho a existir y mantenerse. En el relato Hugo planteaba que:

Al duende, como a él le gusta es la montaña y pues le tumban los palos, pues él se enoja, y eso el hombre no lo entiende: hay que saber hasta dónde se llega, pues tenemos que vivir en paz entre la montaña y los que vivimos acá... Todo esto del cuidado de la naturaleza y que ella se pone brava es bueno llevárselo a los niños, a la gente, a la juventud de ahora porque ellos ya no creen, ellos dicen que es mentira, que no es cierto. Como hoy en día la tradición se está perdiendo, del indígena de ser indígena, por ejemplo, ya les da pena ir con botas al colegio porque eso se ve feo. En tiempos más antes uno iba a la escuela con botas, con la ropa así remendada pero que estuviera limpia, uno iba allá, pero en cambio hoy en día le exigen todo bueno sino es nuevo no lo dejan entrar al colegio ya (risas). (Hugo, comunicación personal, 2019)

Esa pérdida de las tradiciones y esa cultura del no cuidado, nos trae malos vientos, entendidos como la llegada de tiempos adversos que llegan a nuestra humanidad, y el llamado que nos hace la naturaleza embravecida hacia la protección del ambiente como causa común.

Cuando hacen esos remolinos así y a usted lo coja y lo azote, fue el mismo diablo dando vueltas. Pues eso es lo que dice la gente antigua, yo no sé, pero es cierto. Cuando lo cogen a uno los malos vientos lo dejan a uno como enfermo, le da a uno un dolor de cabeza, un dejamiento que no le provoca nada a uno y uno toca es limpiarse con ruda, pues así es como uno se compone. Dicen que esos remolinos son malos, que vienen así

en el verano y esos que se hacen así chiquiticos son más peor. Usted no ha visto que se enrollan. Entonces que es malo y uno no puede dejarse coger de ese viento por que le llega a uno la racha de mala suerte porque uno se dejó coger del diablo.

Más antes el diablo no solo se veía en los vientos. Mi papá decía que lo había visto, que bajaba por una falda echando candela, pero en ese tiempo, ahorita ya no. En esas peñas bien feísimas como Cargachiquillo, allá donde hay una huecada hondísima, por allá yo sí creo que sale todavía el diablo con candela en la jeta y todo.

Figura 33

El diablo en llamas



Nota. Ilustración digital del maestro Jason Correa.

El diablo, fundamentado en los diversos imaginarios sociales de diferentes culturas populares, adquiere variadas fisonomías que se articulan con la moral, el estatus social, las diversas fuerzas de la naturaleza, que por su majestuosidad no escapan a su vinculación a lo supra natural, lo indescifrable. También se lo asocia con transformaciones en algunos animales o algunos fenómenos naturales como el remolino.

Hay lugares en Quintana a los que, según sus pobladores, no se puede pasar a cierta hora de la noche porque están encantados por el diablo o por el duende, que representa también una relación con la naturaleza, pero al mismo tiempo también, en algunos relatos, alude a que son trabajadores del diablo, entre otros espíritus que también están al servicio de este ser. Luego de

que algunos padres colocaran las vírgenes en algunas partes de estos lugares bravos o encantados, ya se pudo pasar. Esto ha generado modificaciones en la identidad, pues los relatos míticos se cargan de juicios morales o religiosos, que en algunos casos puede llegar a ser perjudicial por el prejuicio que generan.

Figura 34

Imágenes de la virgen en la vereda Quintana



Nota. Elaboración propia.

El pacto que se firma con el diablo en este territorio es un pacto de concordia y orden, donde nosotros los simples mortales no invadimos sus espacios ni dañamos su hábitat, y él se mantiene lejano pero vigilante del acuerdo.

Llegan los nuevos vientos, el sol que se filtra en las mañanas, y con él la necesidad imperiosa de avanzar de subir que me lleva a iniciar el caminar al cerro de Pusná. Para ver a la virgen que se posa en su cima, cogí un atajo diferente. En el camino me encontré a Don Santiago, trabajador de Asocampo, quien con actitud un tanto hostil indicó que no se le había pedido permiso para ingresar. Le conté que soy de la zona, le hablé de mis abuelos y de mi tío Jaime, y otra vez mi linaje familiar dio resultado: la tensión se convirtió en un hermoso relato.

Bueno, hablando de ese tema de las historias, uno se sienta con sus papaces y su familia en su casa a compartir el desayuno, el almuerzo o la comida y conversar de la zona. Mi papá, por ejemplo, nos contaba que el Padre Luis, que era de Suiza o no sé de qué parte,

él fue el que hizo hacer la virgen que fue hecha con la comunidad en las partes más altas. Él hizo una también en la iglesia de Quintana, y el hacía procesiones para pedirle a la virgen que el cerro se calmara. (Don Santiago, comunicación personal, 2019)

Figura 35

Virgen de la Asunción, parte alta del cerro Pusná



Nota. Elaboración propia.

Acá en el cerro hay dos lagunas, está la de aquí y la de allá adelante (señala con la boca). ahí hay una historia frente a la laguna, que eso antes que subían la gente desconocida y eso ahí caía granizo y tenían que irle a llevar una piedra o sal como que era que le llevaban ahí para que se amansara, entonces así podía estar la gente acá, sino de resto bajaba granizo y tenían que irse, era granizo morado, yo creo que por eso el padre Luis coloco la virgen para ayudar a calmar las cosas, y el también ayudo para que el cerro no bramara ni temblara tanto, subió hasta el cráter y hecho un escapulario eso fue lo que domo al volcán. (Don Santiago, comunicación personal, 2019)

Las interrelaciones entre superstición y religión se exteriorizan en las costumbres de los pueblos. Las costumbres, si las consideramos en su estructura y función, es indudable que unas han sido originadas por requerimientos de la naturaleza del individuo o de la colectividad; serían

las costumbres de vida natural. Otras, en cambio, han surgido en momentos determinados de la vida de un grupo fruto de su dinámica interna, pudiéndoselas llamar costumbres de origen cultural. En el territorio de Quintana, esa amalgama entre las creencias míticas y religiosas se sigue dando y se convierte en un proceso de fusión o equipo en el cual se tiene una creencia férrea. Franz Faust (2021) en ese sentido cita lo siguiente:

El páramo es conocido por su bravura: manda neblina, granizo y hasta nieve a quienes no conoce o a quienes no guardan silencio, mientras que las nubes y la neblina hacen que los caminantes pierdan el camino, con el peligro de una muerte segura. Quien tiene miedo del páramo más bravo encuentra este paisaje. Allí se debe confiar en Dios, pero no se debe rezar, porque quien reza muestra su temor al páramo. Hasta en días despejados un solo grito hace que el páramo se cubra de neblina. Añadir una piedra a este montículo no expresa más que una demostración de respeto al páramo. Con este acto la persona es consciente que entra a una zona en la que rigen reglas especiales y que tiene voluntad de obedecerlas. (p. 21)

Figura 36

El caminante entre la neblina protectora



Nota. Elaboración propia.

Hablando de cuentos mis papaces, contaban era del que va por la carretera: el guando. Disque pasaba, pero con el diablo, por acá en la iglesia de San Isidro. Dizque el día que murió Ignacio Muñoz, que era el dueño de todo de este terreno, en la noche vieron el guando y que cuando él falleció, llegó un bimbo o gallinazo negro a encima del ataúd. Cuando fueron a ver el ataúd dicen que el cuerpo no estaba. Es que él trabajaba con el diablo. (Don Santiago, comunicación personal, 2019)

La leyenda del Guando es un relato basado en la tradición oral campesina del Cauca. El guando es una especie de camilla o andamio hecho de tablas o de guadua picada, que se utilizaba en las regiones rurales para transportar los difuntos, cubriéndolos con una manta o sabana. La leyenda del Guando se representa como una corte fúnebre espectral, que suele aparecer cerca de los cementerios, principalmente en vísperas del Día de las Ánimas o con la muerte de alguien que tuviera pacto con el diablo y no hubiese cumplido. Las apariciones de este macabro espectáculo en la mayoría de las veces perturban a quien lo presencia, no sólo por creer que en realidad llevan al difunto por ir los familiares acompañándolo, sino por el murmullo coral del rezo del Rosario y el Réquiem por su alma. Este espanto va acompañado de varias personas, que generalmente son los cargueros del muerto y su procesión. También puede aparecer a la orilla del camino, a la orilla de un torrente, cerca de un pantano o entre el bosque, siempre en espacios naturales, siempre en la ruralidad y como advertencia para los terrenales de que los pactos con el diablo deben cumplirse.

Tercera Parada: los Secretos de las Guacas y la Protección de la Montaña

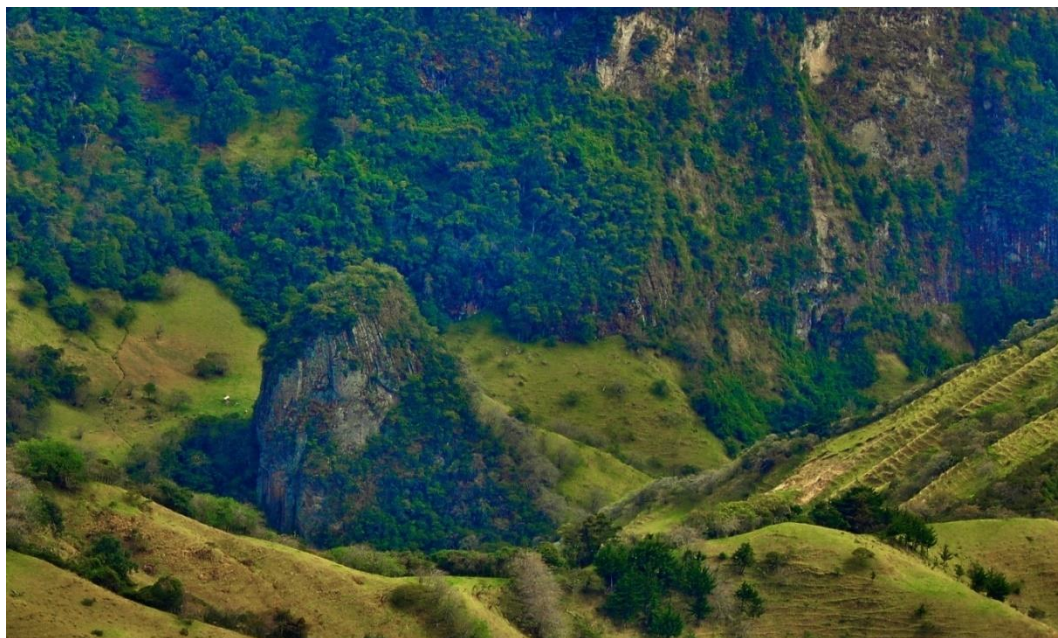
Ya está cayendo la tarde y ahora la brisa fría penetra los huesos. El recorrer el territorio para avivar la memoria, leer el mundo, los suelos, las plantas y despertar esos saberes que suscita el contacto directo con los elementos del paisaje genera un despertar de la memoria que me lleva a un encuentro corto con Jesús, un artista plástico soñador y místico quien mezcla en su mirada las tierras que le vieron nacer y su pensamiento erudito.

Ya sabes que dentro de los pueblos existe una conexión hacia la oralidad y aquello que no está escrito. Con el tiempo se olvidan y es una falla porque muchas de las historias son muy bellas y mueren; el tiempo los devora. Las cosas que sé con respecto a mi pueblo, muy poca memoria tengo, porque ya hace mucho que me las contaron, cuando tenía 8 o 10 años, y no las volví a recordar sino de forma escueta.

Cuando era pequeño íbamos con mi papá o mi tía a la torre de Puracé. Es una torre de piedra, alrededor de eso los antiguos dicen que era un lugar de ceremonias indígenas donde hacían ofrendas. En una explosión que hubo en el volcán, cayeron unas piedras tan inmensas sobre el pueblo y de ahí nace la torre. Alrededor de eso hay una Ermita que fue tapada por esa roca y el mito que surge con respecto a ello es en semana santa. Todos los jueves y viernes santos, la Torre, a eso de las 12 de la noche, ella se abre como si tuviera unas puertas y las personas que quieran pueden acceder a los tesoros que tiene adentro. Tienen escasamente quince o veinte minutos para ingresar, en ese tiempo pueden sacar lo que sea, si no alcanzas tú te quedas adentro. Había muchas historias que decían que unas monjas se arriesgaron a comprobar si el mito era cierto y en la búsqueda de ese tesoro se quedaron encerradas. Se mencionan además muchas historias de g.uaquería alrededor de la Torre. (Jesús, comunicación personal, 2019)

Figura 37

La torre, vista desde el cerro Pusná



Fuente: Elaboración propia.

Alrededor de la práctica g.uaquera se han tejido un conjunto de mitos que enriquecen y forjan la cultura popular. Mediante la tradición oral, las familias colombianas y por ende los moradores de Quintana han transmitido las historias mitológicas de “ahora años”. Y así, de generación en generación nos hemos impregnado de relatos sobrenaturales.

Mi abuela siempre tan habida para ver y sentir (espantos y cosas del más allá), nos contaba de algunos lugares en Quintana donde había visto brillar guacas los jueves y viernes santos. A veces caminábamos con ella para recoger chamizas de eucalipto y justo entre un pasadero de la finca de al lado y la nuestra, había una especie de hueco, como si la tierra junto al pasto por la presión de algo se fueran hacia el fondo... justo ahí decía mi abuela que debía estar escondida una guaca. También nos contaba que había un entierro en la casa de los bisabuelos que quedaba como a media hora de ahí, porque ella había visto cómo alumbraba ese lugar, esa luz que emite el oro enterrado. Cuando estábamos en el barandal o en la chambrana de la casa de la finca mirando como caía el día generalmente para cada semana santa, empezaba a relatar que las había visto en las montañas del frente de la casa alumbrar, cerca de la casa de don Lolo; justo esa montaña es el cerro Pusná. Un par de veces salimos en la noche en ese par de fechas: abuelos, tíos, hijos, nietos a caminar hacia la gruta, una montaña bastante empinada en cuya cima en medio de dos pinos se encontraba una virgen que mi abuela decía protegía ese lugar, a un lado mientras caminábamos se escuchaba un ruido y mi abuela decía: si oyen, ese es el duende chillando allá en ese hueco lleno de cascaditas pequeñas cubiertas por un frondoso bosque de robles, el lugar era bastante distante y la noche muy silenciosa por lo cual escuchábamos muy bien aquel sonido. Al llegar a la cima nos sentábamos a los pies de los árboles a esperar con ansias a que las montañas nos sorprendieran con pedacitos destellantes. Sin embargo, nunca lo vimos, quizá porque nunca nos quedamos hasta la medianoche. Mi abuela, en su caminar sola, sí las vio... ella decía que los tesoros no se le presentan a todo el mundo, sino a unos pocos; que el oro cuando se saca la guaca emite un moho que puede ser peligroso para la salud y por tanto de debe dejar que se ventile.

La montañas tienen sus regidores, sus dueños, detrás de los cuales hay varias nociones de sincretismo. Muchos de los personajes de la tradición oral pese a las formas terribles que asumen y a lo aparentemente nefasto en el encuentro con los humanos llenando de horror a aquellos que escuchamos los relatos y aún más a aquellos que los presencian en carne propia generando padecimiento y enfermedad de susto que puede llevar a la muerte para algunos casos crónicos. Estos seres suelen asociarse debido al sincretismo con el diablo, tienen un origen y un carácter sagrado y una función reguladora del orden cósmico, terrenal, comunitario y familiar; sea que provengan del inframundo o del encanto.

A raíz de la persecución y del intercambio cultural, el mestizaje de nuestros antiguos, abuelos y antepasados hablaban de las huacas como tesoros escondidos que se iluminaban en algunos momentos del día o días especiales del año, como la semana santa, en este sentido su valor carece de lo sacro con la que era visto por nuestros pueblos originarios para ser visto como un objeto que tiene una carga monetaria. Estas huacas decía mi abuela que no se presentaban ante cualquiera, sino a aquel que era portador de un buen ojo para ver más allá, un don que le permitía ver y sentir espíritus, estos portadores sabían que cuando encontraban estos tesoros algunos tenían sus contras, su trabas, sus acertijos y en parte al desenterrarlos debían ser pacientes para abrirlos puesto que el moho de los metales, los diferentes mohos de los años podrían causar envenenamiento, enfriamiento o la muerte de aquel que se atreviera a abrirlo sin la virtud de la paciencia y la valentía.

Continúo el camino, recorriendo con total embeleso cada espacio de Quintana. Esa ruta me lleva a la casa de Hernán y Zoila, amigos de mis abuelos desde hace mucho tiempo.

Quiere historias de susto, yo me sé algunas... Hay una historia acá arriba en la Loma de Tomaire, que eso es lo que limita el municipio de Popayán. Contaban los abuelos que de acá se iban a la cacería, en ese tiempo era el finado Manuel Antonio, mi papá, el finado Moisés, se echaban 15 días para llegar allá porque esto era monte, esto no era así como ahora... Imagínese para gastarse 15 días. Durante esa travesía se encontraban muchos espantos, sonidos de aullidos de niños y otras cosas, lo que pasa es que a ellos ya no les daba miedo, ellos estaban acostumbrados a lidiar con el miedo. Imagínese que hasta lidiaban con los osos y se traían para la casa algunas crías de osito para tenerlos en casa. Ellos eran templaditos para hacer esas aventuras. Ahora que se iban para la laguna de San Rafael desde acá, eso era un viaje muy alegre, el gusto de ellos era ir a matar patos allá y allá sí se había asustado. Fíjese, porque al ellos pasar a la laguna ellos vieron los patos pero al mismo tiempo vieron como una sábana. Entonces en ese instante llevaban unos perros de cacería y cuando ellos voltearon a mirar los perros, los perros tenían los ojos volteados y eso que lo coge un dolor de cabeza. Por eso se pusieron malos, porque esa laguna es brava, mi papá contaba que esa laguna de San Rafael si era brava. (Hernán, comunicación personal, 2019)

Hay varios cuentos en relación a la misma protección que hace la montaña de sí misma. En relación a los cazadores, así como a los perros, que quizá son a los que peor les ha ido, como

caerse del salto del diablo, perderse en la montaña en una cueva y este último relato en el que les voltean los ojos. Al parecer la gran riqueza de Quintana era apetecida por los cazadores de la región, como los foráneos que llegaban desde Popayán. Quizá ante cualquier cosa que escuchaban desconocida su acto reflejo era disparar, así como contaban mis tíos que iban a cazar al duende. Mediante estas prácticas que incluían largas caminatas y la caza, los pobladores disfrutaban sus costumbres ancestrales en relación con los ríos, las quebradas y los animales y los espantos que se entrecruzan en las historias. Sin embargo, a veces ocurre un amansamiento de la montaña gracias a los habitantes locales, como en el caso del cerro Pusná, expuesto por el narrador Hernán en el siguiente fragmento:

Mi papá decía que el cerro era plano, iba creciendo porque es vena del volcán Puracé, después de colocar la imagen de la Virgen dejó de crecer. Para una fiesta de la Virgen una señora se perdió, se confundió de camino porque el cerro lo hace envolar a uno. (Hernán, comunicación personal, 2019)

Con referencia a lo planteado en la entrevista sobre la pérdida de personas en el camino, se hace alusión a la desobediencia e irrespeto de los humanos hacia lo natural. En este sentido, Nates (2002) nos plantea que: *el poder que se le atribuye a los cerros no es solo positivo, también puede ser contraprudente, si se rompen las reglas culturalmente establecidas para su “visita”* (p. 57).

A nosotros nos pasó la otra vez con Aquileo que estábamos y la capillita era donde el finado Samuel. Allá estábamos jugando sapo y pues Aquileo dijo *yo me voy para la casa*, entonces todos dijimos *vámonos ya, levátemos esto* y al pasar ahí donde hicieron el salón comunal, ahí al lado de donde la finada Filomena, nosotros pasamos ahí y ese Aquileo venía adelante cuando vimos un bulto negro que se tiró del barranco y nosotros nos quedamos asustados, y *eso que fue*, y cuando nosotros busque y busque a Aquileo y ese no iba caminando sino que iba era en el aire y nos entró miedo y nos devolvimos, nos tomamos otra medicita de aguardiente para calmar los nervios y nos vinimos a buscar a Aquileo. Después de que dieron las una de la mañana, fuimos a buscarlo en la casa y él lo que estaba era privado en la cocina. (Hernán, comunicación personal, 2019)

Aquella añoranza de infancia por tratar de recordar todos esos recortes de pasado, la magia de una historia única. recordar aquella historia sobre las montañas verdes, altas y coloradas de mi abuela, de aquella hija del diablo enamorada de un humano... aquellos cuentos

que se llevan los ancestros. En la ausencia notamos lo valioso de lo cotidiano, de vernos acompañados de nuestros antepasados. El cambio, la transformación de la sociedad colombiana, con el paso de rural a urbano aceleradamente, ha hecho que los espacios que compartíamos con los abuelos queden en el anonimato para las nuevas generaciones. Cada vez es más complejo tener un abuelo en casa, estamos a merced de los medios masivos que narran historias deshumanizadas. Por el contrario, los cuentos culturales son emotivos, sentimentales y no hacen parte de lo vendible y capitalista y consumista del sistema actual. Zoila, queriendo que su voz no se apacigüe, y mientras nos ofrece un aguapanela con limón, y muy interesada en hacer arte de estos relatos, nos dice en tono susurrante:

Por allá más antes existía era la malhora. Pongan cuidado: mi abuelo, el finado Paulino, el murió de malos vientos. En el diciembre que el murió fue de eso, se había ido a cosechar papas con tía Lucía y ella era pequeña, y los otros se quedaron labrando, o haciendo esas flautas de guadua para tocar en las novenas de navidad. Él se fue y les dijo: *vamos a cosechar unas papas*. Cuando él se fue a cargar el costalito de papa, dice que él se cargó el costalito, pero lo tiró al piso porque vio el ganado entrarse al huerto y disque le dijo a la tía Lucía: *espérate voy a ver, que el ganado se ha entrado a la huerta*. Se descargó el costal y se fue a mirar el ganado. Cuando volvió disque dijo que le dolía pero mucho la cabeza, y que sintió como un aire frío. Se fue y se cargó el costal y se fue a pararse y ya no pudo pararse. La hija como era pequeña como pudo le descargó el costal y lo dejó recostado, corrió y le aviso a la finada Agustina. Se desgajó un aguacero fuerte, pero como pudieron fueron cuatro personas buscar el abuelo, lo taparon con cobijas y lo bajaron cargado en caballo. Dicen que cuando venían por el camino les silbaban, los llamaban, pero ellos ya sospechaban que era la malhora y por eso seguían el camino sin contestar ni mirar para los lados. Lo bajaron para la casa y a las tres de la tarde falleció, eso fue instantáneo, un mal aire. Él lo último que le alcanzo a decir a la hija fue que escucho una ruidada y que cuando se devolvió a ver y subió la loma sintió un aire frío frío, como una mala hora o mal viento que fue lo que lo al final lo mato. (Zoila, comunicación personal, 2019)

Este relato me recuerda que mi abuela Yolanda, cada vez que escuchaba la noticia de la muerte de algún conocido en la vereda, decía: *Dios mío, libranos de una mala hora* y se santiguaba como un símbolo de protección.

Al preguntarle a muchos Quintaneños por qué padecen determinadas enfermedades como el susto, los malos vientos, el enyelado, frecuentemente nos explicaban que estas se originaban luego de haber estado o pasado por un mal paraje en una mala hora. En Quintana, al igual que en la mayoría de zonas andinas, existe una verdadera topografía de los malos parajes, pues existe un conocimiento del espacio basado en la identificación de ciertos lugares reconocidos como peligrosos, caracterizados por su voracidad o “bravura”. Según señalamos, dichos parajes no deben ser entendidos como espacios desprovistos de intencionalidad. Se trata más bien de entidades territoriales siempre determinadas con las cuales conviene establecer relaciones de reciprocidad de ayuda de cuidado mutuo, zonas capaces de dar y recibir con niveles de exigencia, voracidad y generosidad variables dependiendo del trato que se les dé y las personas que lo visiten. Estos lugares bravos o fieros normalmente son caídas de agua, peñascos, cuevas, caminos poco transitados donde amenaza el infortunio, algunos lugares en los cerros donde se sabe que hay antiguos entierros, o accesos al interior de las montañas donde se puede acceder a las riquezas minerales. El mal viento o la mala hora, que según el relato anterior fue la causa de la muerte del abuelo, es un espíritu maligno que ronda en ciertos lugares, en ciertos días y horarios y que en las narraciones orales ha sido el causante de varios fallecimientos, sobre todo de los longevos, que veían en esta explicaciones míticas la razón real para explicar alguna enfermedad. Muchos de estos padecimientos se le infligen a personas que entran a terrenos “prohibidos” o que realizaron alguna practica de no cuidado o irrespeto con la madre naturaleza.

Figura 38

El mirador



Nota. Elaboración propia.

Cuarta Parada: la Identidad y los Mitos de Origen

Otro día en Quintana, la brisa de la mañana me recuerda que la meta era recorrer un gran tramo de la montaña. Me aventuré a caminar un poco más allá de la virgen, la cual estaba rodeada por decenas de personas que habían ido a visitarla y quienes en ese momento se encontraban en misa. Encontré una familia conformada por un hombre, una mujer y dos niños. Con la familiaridad y confianza que nos da el estar en nuestra tierra y llamarnos entre todos vecinos, iniciamos una gran conversación con Jhon docente de la I.E. Agroforestal San Juan de Quintana, municipio de Totoro.

Dicen los mayores que este cerro es el que da orden, es el cerro cuidador de toda esta comunidad. Si uno mira de la parte de San Juan para acá tiene como la figura de un perro que estuviera echado; él está mirando hacia abajo, hacia el valle de Popayán. Él está así como mirando. Se dice que era un gran animal que cuidaba este valle, todo eso como en referencia al cerro Pusná.

Figura 39

El perro guardián del cerro Pusná



Nota. Ilustración digital del maestro Jason Correa.

En la parte de arriba está el cerro Cargachiquillo. Este cerro es un sitio sagrado. Cuentan los mayores que en una época, cuando todo esto era selva, selva, toda esta parte era muy montañosa, habitaba una tribu de caníbales, pero cuando llegaron los españoles, dicen

que ellos se sintieron expulsados. Entonces cuentan los mayores que esa tribu empezó a subirse cerro arriba.

Figura 40
Cerro Cargachiullo



Nota. Ilustración digital del maestro Jason Correa.

El cacique Juan Tama se enteró de esa avanzada, entonces él salió al encuentro para enfrentarlos, pues lógicamente iba a padecer su pueblo que era el pueblo Paez, que estaba detrás de la cordillera. Dicen que él invitó a sus guerreros, pero ninguno quiso salir a enfrentarlos porque les daba miedo, porque sabían que esa tribu era muy peligrosa y muy guerrera y los podía acribillar. Entonces él salió solo y como él era conocedor de la medicina tradicional, medicina ancestral, entonces él se paró ahí en el cerro y se quedó esperándolos, al darse cuenta que era mucha gente entonces él lo que hizo fue levantar un conjuro: con la chonta que él tenía y remedios, mascó coca más otros remedios y levantó un conjuro. En ese conjuro él dejó plantado ahí, que toda la tribu, los descendientes de esa tribu que llegasen a pasar nuevamente por ahí, serían transformados en roca, en piedra. Ese es el motivo por el cual cuando uno sube a Cargachiullo uno encuentra figuras de piedra, figuras de personas que se le asemejan. Dice el mito que estas personas iban subiendo y ahí se sentaron a descansar, porque estaba muy cansados y se quedaron dormidos. ¿Por qué se quedaron dormidas estas personas? Ellos quisieron seguir, pero como Juan Tama había dejado el conjuro de que los atacaría con niebla, con granizo, con lluvia y con truenos, entonces cuando ellos subieron ahí ya no vieron nada, no vieron

para donde coger entonces se quedaron descansando esperando que se despejara la niebla para poder seguir, en ese sentido cuando ya se quedaron dormidos nunca despertaron se quedaron convertidos en piedra. Dicen que el conjuro sigue ahí presente esperando a que de pronto vuelva a pasar la tribu, sus descendientes. Por eso cuando tu subes a Cargachiullo te cae granizo, te cae niebla, llueve de todo y hasta truenos también. (Jhon docente, comunicación personal, 2019).

Figura 41

Guerreros de piedra en Cargachiullo



Nota. Ilustración digital por el maestro Jason Correa.

Los mitos, indistintamente de la zona donde ocurran, presentan un rasgo habitual y es el de satisfacer la curiosidad del hombre sobre los orígenes de los fenómenos disímiles que ocurren a su alrededor. La oralidad transmitida por los mitos no sólo cuenta los orígenes del mundo, de los animales, de las plantas, de los hombres, sino también de todos los acontecimientos importantes que han ocurrido y nos invitan al cuidado a la armonía que debe existir entre la naturaleza y el hombre para lograr el equilibrio.

El anterior relato de nativos habitantes de la zona del territorio Quintana, del cerro Cargachiullo, nos recuerda que para los indígenas Paeces no existe el fin del mundo, como lo es para otras culturas. Por tanto, el conjuro no es no es una señal escatológica, sino más bien una advertencia para que cuiden la tierra y su propiedad, porque la deben pasar a otras generaciones, tal y como se la entregaron sus antepasados. En estos asentamientos indígenas, los Misak y Páez habitantes en la zona, con su actitud silenciosa y reflexiva, siempre han convivido con su apego

ancestral y mítico para continuar siendo vigilantes de un territorio que sus antepasados lograron poseer y dominar hace ocho siglos.

Los relatos aquí contenidos, y con la brisa de la montaña como musa, me llevan a comprender cómo esta zona, además de sus riquezas naturales, sociales y humanas nos tipifica de manera clara el concepto de interculturalidad de un modo horizontal y sinérgico: las relaciones interculturales y la narrativa oral que se suscita en el territorio de Quintana supone como base el respeto hacia la diversidad y el cuidado de la naturaleza. Está presente en cada manera de interpretar la vida. Se muestra en la narrativa de cada uno de los que, de una manera sencilla, escueta y natural, nos recuerdan cómo desde siempre la cultura del cuidado, que incluye los saberes y conocimientos tradicionales, la apropiación del territorio, la cosmogonía, las relaciones sociales entre los seres humanos y la naturaleza, están buscando siempre la humanización armónica con la naturaleza.

Las historias recopiladas en Quintana, son coherentes y responden a las necesidades del contexto y la población, fortaleciendo al tiempo las identidades y los sentidos de comunidad. La narrativa permite formas de relacionarse y la interculturalidad muestra desde cada óptica las historias de vida, además de sentimientos, expectativas y sentidos que generan producción de saber y conocimiento y el despertar de la conciencia de las acciones que se realizan cotidianamente, para este caso en relación con el territorio-naturaleza, iniciando un proceso de reflexión.

Figura 42

Vista aérea de la vereda Quintana, con el cerro Pusná de fondo



Nota. Autor desconocido.

Quinta Parada: los Relatos bajo Nuevas Textualidades

Despunta una mañana más, pero el mundo entero está en zozobra. El 2020 trae consigo la pandemia, la conmoción global causada por COVID, que nos muestra con hechos contundentes lo estrechamente ligada que está la humanidad a la naturaleza.

Un patógeno amenaza con infectar y acabar con la humanidad. Nuestra relación rota con la naturaleza queda sorprendentemente en evidencia: es como si la tierra entera mostrara su bravura, como si cada montaña, cada cerro, cada nevado, cada río, bramaran en coro que era necesario parar, como si una lluvia de rayos y granizo morado cubrieran el mundo entero para recordarnos que estamos actuando mal. Quintana y sus habitantes, unidos a ese clamor de la naturaleza, se resguardan en sus casas... Ahora, por sus pequeños caminos solo se perciben los duendes, los espíritus y los fantasmas que se incorporan, y los animales que ahora son los únicos dueños del territorio.

Después de esta agitación mundial, después de querer parar, después de querer desistir y no continuar este camino, comprendí que también se puede caminar en el recuerdo, que se pueden evocar pasos de otra manera. Desde la soledad que trajo la pandemia, decidí que los relatos no pueden parar: un WhatsApp familiar fue la alternativa para seguir recorriendo Quintana. Ahora, los espacios mediados por la virtualidad permiten narrar de otra manera. Todo empieza con una invitación al pacto narrativo:

Hola familia, espero tod@s se encuentren muy bien. Quisiera pedirles un favor muy especial, para mi tesis de maestría, para la cual me centro en los relatos orales que nos contaban en Quintana los tíos abuelos, abuelos, tíos y pobladores de esta vereda. Recolecté algunos con varias entrevistas, pero quisiera también saber si ustedes aún recuerdan esos relatos y compartirlos por acá. Espero puedan ayudarme tratando de hacer memoria de todos esos cuentos que les contaron los abuelos y demás de allá de Quintana. De esa manera se logra que los conozcamos todos, para que esa memoria no se pierda y se siga el legado de pasar los relatos de generación en generación, contribuyendo a que la cultura rural que está en peligro de extinción perviva. Quedo atenta a su buena memoria y muchas gracias. (Gaviria, mensaje personal, 2020).

Tras esto, empezaron a llegar relatos que procedo a transcribir aquí:

Cuando el abuelo salía en bóxer a ventiarle machete al duende y lo insultaba y le decía que se comiera los calzones, eso me contaba él cuando se afeitaba en una silla cerca donde se les da comida a los perros. (Yina, comunicación personal, 2020).

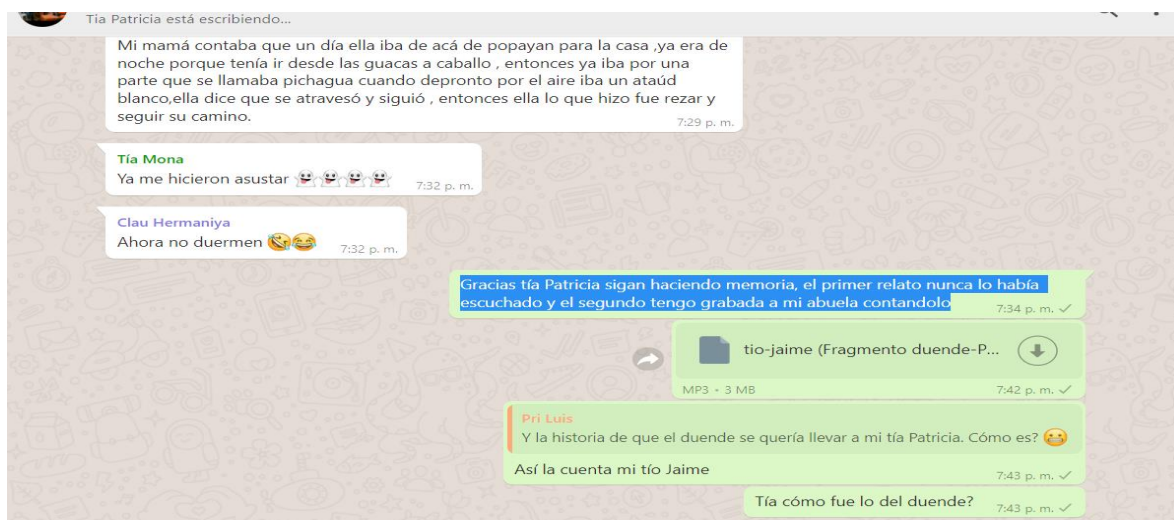
Este relato me recuerda al inicio del viaje, en donde se contraponían la ciudad y la nostalgia por la ruralidad. En los devaneos teóricos, descubrí la gran diferencia entre la oralidad y la escritura, y aquí es totalmente visible: en el relato oral, las acciones perviven en la memoria, se alimentan de nuevas experiencias, pues son acumulativos y se cuentan desde el yo, desde la renovación de la historia. En este fragmento, hay algo diferente: es un recuerdo distante, asociado a una acción cotidiana. Se recuerda al narrador, más que a lo narrado. En el siguiente relato, hay incluso más elementos de la estructura narrativa escrita:

La historia es esta: hace muchos años para vender los quesos que hacía mi mamá Saturia y mi mamá Yolanda y mi papá Alberto, bajaban a caballo hasta las Guacas, allí los dejaban donde mi tía Romelia. Tomaban la chiva que los llevaba hasta el barrio Bolívar, donde vendían los quesos, huevos y flores, luego hacían el mercado para 8 días y se devolvían, hacían el mismo recorrido. A mi tío Higinio le gustaba tomar trago, se le hizo de noche, iba en su caballo tipo once y media de la noche por el Borbollón. La noche estaba muy oscura, el caballo se detuvo, prendió un cigarrillo y le echó el humo en las orejas al caballo. Este volvió a caminar. Más adelante sintió que alguien se le montó en el anca del caballo, lo trato de bajar, pero no pudo. Así recorrió gran parte del camino hasta que llegó a la casa de mi mamá Saturia y cayó desmayado. Y colorín colorado este cuento se acabó. (Mariela, comunicación personal, 2020).

A diferencia de los relatos orales, más enfocados en construir una intriga que va creciendo por la llegada de lo desconocido, en este relato se puede observar un interés por la descripción completa de los hechos. Es decir, hay un afán por poner en contexto al escucha. En el relato oral, solo se habría mencionado fugazmente el propósito del viaje, y se habría hecho un mayor énfasis en el viaje de vuelta, en los motivos que tendría el espanto de atacar, en lo desconocido acechante. Incluso, al final, hay un remate propio de la narrativa escrita. Así, se pierde el pacto narrativo de la oralidad y se pasa a uno de la escritura, el cual implica una lejanía, un analizar (todo fue a causa de quedarse tomando tarde, lejos, en una ciudad, tras hacer mercado, y no por romper alguna ley natural).

Figura 43

Pantallazo del chat familiar (1)



Nota. Chat grupo familiar.

Y sin embargo, a pesar de ser un relato con una intención totalmente distinta, el recuerdo del pacto oral que alguna vez existió muestra sus reminiscencias. Hay miedo, temor a dormir. Esto no proviene de la efectividad del estilo en que se presentó el relato escrito, sino de la memoria que obliga a volver a la intimidad del hogar rural y del temor hacia lo desconocido de su territorio. Inclusive, hay costumbres que persisten:

Una noche estaba donde mi mamá Saturia, era viernes y siempre alguno de nosotros iba a acompañarla. Ya eran como las siete de la noche y yo miraba por la ventana de la cocina que era pequeña, esperando que llegara mi tío Higinio y mi tía Ilia cuando ella me vio y dijo... Una vez había una señora que miraba por la ventana todas las noches y llegó un espanto y le pasó un hueso, entonces yo ya no me volví asomar porque me dio mucho miedo, ella decía que en la noche salían los espantos. (Patricia, comunicación personal, 2019)

Incluso, el miedo causado en el momento es aún recordado. Hay algo de nostalgia en el recordar las emociones del pasado:

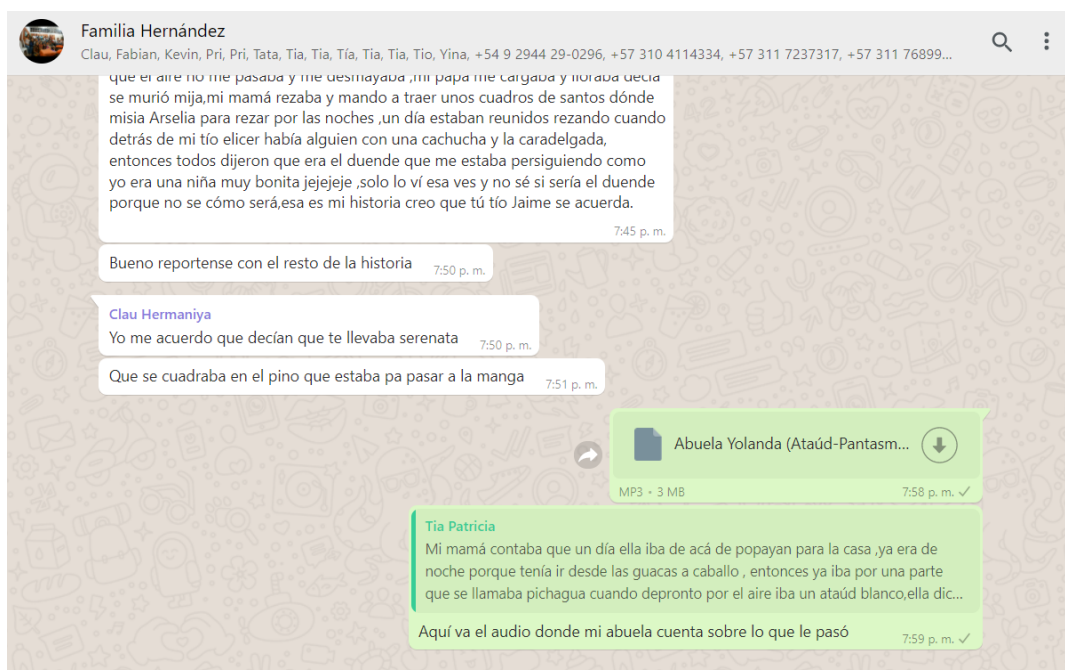
Escuchar esas historias, me transportan a la cocina de Quintana, todos sentados alrededor de mi abuelo (él siempre sentado en su misma silla con una pierna encima de la otra) escuchando estas historias y luego el lío para ir a acostarnos por el miedooooo, uno de

cruzarnos de una casa a otra, otro porque nos tocaba ir al baño y otro porque pensábamos que algo de lo que nos narraba el abuelo se nos iba a atravesar en el camino. (Karen, comunicación personal, 2020)

Otro elemento que intriga es el paso de la narración oral a la escrita y las consecuencias de la globalización y la modernidad tecnológica. Al no ser narradores orales, los participantes pierden elementos, o no los recuerdan. Por esto, acuden a otros para completar los vacíos. Es un afán recopilador más que de continuación. El ritual en donde se establece el pacto parece morir, pues la intimidad y el misterio de la oralidad se pierde.

Figura 44

Pantallazo del chat familiar (2)



Nota: Chat grupo familiar.

Esta fragmentación es evidente en otros relatos. El siguiente, por ejemplo, parece inconcluso. Carece del carácter casi pedagógico del relato oral, de la advertencia de no irrespetar a los seres de la naturaleza. Casi parece una anécdota curiosa a la cual habría que buscarle una explicación:

Contaba la abuela que en san Ignacio vivía una señora ya de edad sola y ella tenía una huerta sembrada con maíz y otros cultivos y ella salía de noche a cuidar la huerta para que las vacas no se la comieran, la huerta colindaba con el camino real, decía la abuela

que la señora estaba cuidando cuando subía un señor en una mula negra que mascaba el freno y le salía candela. (Jaime, comunicación personal, 2020)

Por otra parte, la tecnología aporta algunas ventajas inesperadas que pueden ser aprovechables. Por ejemplo, la fotografía. Esta imagen fija es un detonante de narrativas, memorias y recuerdos. No es equiparable a la experiencia inmediata, pero detona el recuerdo de esta, siempre y cuando se haya vivenciado.

Figura 45

Foto antigua



Nota. Álbum familiar

Prima le voy a mandar algunas fotos: en la foto estamos, mi tío Elicer, mi papá, una hija de Pacho Peña y unos niños, doña Leonor y unas amigas, el padre Campo Elías, mi tío Higinio, don Jorge Tobar, Tito Peña, Leonel Betancur y unos niños (Jaime, comunicación personal, 2020)... Las imágenes conectan y nos invitan a suspendernos en la comprensión e imaginación de lo que vemos. En el caso de los álbumes familiares, nos sumergen en la contemplación, por lo que fuimos, lo que estamos siendo y lo que podremos ser, nos lleva a pensar en nuestra historia familiar puesto que se estimula nuestra memoria, al igual que con los recuerdos, lo olvidado se reconstruye; a través de las fotografías nos llevan a tejer el entramado. Al igual que los relatos pierden su espacio dentro del encuentro familiar, el álbum también ha perdido espacio por la imagen digital.

Figura 46*Primeras comuniones, vereda Quintana**Nota. Álbum familiar.***Figura 47***Cascada del río Vinagre y la Gruta**Nota. Álbum familiar.*

Mediante las fotografías, cada familia construye una crónica de sí misma, un conjunto de imágenes portátiles que atestiguan la solidez de sus lazos. La familia es un cofre lleno de historias, este ejercicio mostró parte de nuestros recuerdos individuales y afianzó los grupales.

Quintana confluye en diferentes etapas la vida, vivencias y momentos que reposan en nuestra memoria. Apelar a la memoria familiar es enfrentarse a recuerdos y emociones, a olvidos y grietas que hacen que nos cuestionemos sobre nosotros mismos. Este ejercicio que se generó en el confinamiento fue un espacio de encuentros, un lugar para compartir y recordar momentos de la intimidad familiar que nos remitieron al pasado, detonando un diálogo e interrogantes en torno al tiempo y los instantes compartidos colectivamente, demostrando así que mi familia no es diferente a ninguna familia: en cada hogar hay una abuela centro del hogar, un tío conversador, una tía aislada, una prima divertida y un sobrino ausente que vivieron o viven en un territorio mágico lleno de colores historias que llevan a amar la naturaleza y su simplicidad.

Cada camino recorrido por Quintana, cada orador con sus historias, nos expone una necesidad de integrar en nuestras vidas lo mágico, misterioso y sobrenatural, puesto que crecimos rodeados del campo, en casas de bareque y teja de barro, generaciones en las que en las noches un espíritu pequeño en forma de duende, se ponía a jugar o en su defecto a gritar, un diablo que nos ahuyentaba, un fantasma que nos hacía perder del camino y un abuelo contador de cuentos de miedo. Un día empezamos a salir de esas casas de campo y dejamos que se enfriaran, que se fueran apagando las voces para sumergirnos en nuestras individualidades y las realidades que nos planteaba la pantalla, empezamos a perder los espacios y con ellos el derecho a comunicarnos, dejamos de mirar a los ojos abrigados por el fuego de la hornilla, la realidad actual nos demuestra con voracidad extrema que es necesario remitirnos al inicio a nuestros orígenes al cuidado de nuestra madre tierra y sus leyendas.

Capítulo IV: Finalizando el Camino

La palabra "concluir" viene del latín *concludere* y significa "acabar, finalizar". Por eso, no quisiera llegar a conclusiones sino más bien a inicios que nos permitan replantear nuestra relación con la naturaleza y la forma de preservar la identidad.

En primer lugar, me parece importante reflexionar sobre la importancia de la oralidad, especialmente en contextos en donde esta es escasa o solo usada como herramienta. Algo que durante mis estudios noté fue que en la ciudad la cercanía de las personas no es tan fuerte como en el campo. Como algunos sociólogos afirman, en la ciudad hay espacios en donde las personas se encuentran y forman lazos, pero estos siempre se hacen para combatir un sistema que los sobrepasa. Es decir, la lucha en la ciudad es constante, es un ir y venir de conflictos y desencuentros. En el campo, por el contrario, hay una verdadera idea de comunidad. Hay un pacto silencioso entre las personas del lugar que hacen que la empatía fluya libremente. Es como si la misma naturaleza, o el haber nacido en ella, conectara a todas las personas por igual.

Descubrí que la historia oral no es simplemente la voz del pasado: es un registro vivo que sigue presente en cada habitante de Quintana y su interacción completa entre el pasado y el presente, esa relación poderosa para descubrir, explorar y evaluar la naturaleza, cada bosque, cada montaña, cada río. Estos tienen en los narradores a sus interlocutores. A través de los relatos recogidos en Quintana durante este trabajo, se trasfiere el discernimiento cultural y espiritual. Las narraciones orales hacen que se mantenga un orden social y ético en esta comunidad y un vínculo directo con la naturaleza y su cuidado.

Este aspecto se vuelve más notorio con la llegada de la pandemia, pues el encierro obliga a acentuar los problemas de la ciudad y su sistema individualista. Las conversaciones en medios digitales pierden la fuerza del encuentro en torno al fuego y la cocina. Los relatos se convierten en recopilaciones que traen algún recuerdo fugaz, pero incompleto. En cambio, en el relato oral importa la experiencia, el contacto, la intimidad. En el recorrido que realicé, lo importante fue eso: el reencuentro con las raíces perdidas. Sin embargo, hubo algo más: una comprensión que amalgama dos mundos. Por una parte, el encuentro con lo íntimo y sagrado de la ruralidad y su identidad ligada a la tierra; por la otra, la posibilidad de encontrar en la academia ideas y pensamientos que pudieran reconciliar la ciudad con el campo.

En segundo lugar, la importancia de revalorar las relaciones de poder existentes en el departamento. Por un lado, el centro, representado por las influencias coloniales que persisten y por la globalización capitalista que avanza implacablemente sobre las zonas rurales. Pero también la condición de periferia del campo, que descubrí puede ser una virtud más que una exclusión: el campesino habita su mundo. En él persiste su identidad, construida a partir de relatos míticos indígenas y cosmovisiones católicas españolas. En su condición de marginalidad, ha aprendido a habitar con ellas de forma orgánica y armoniosa. El campesino es, en su tierra, y no necesita de invasores ni de estudiosos que invadan y apropien su saber.

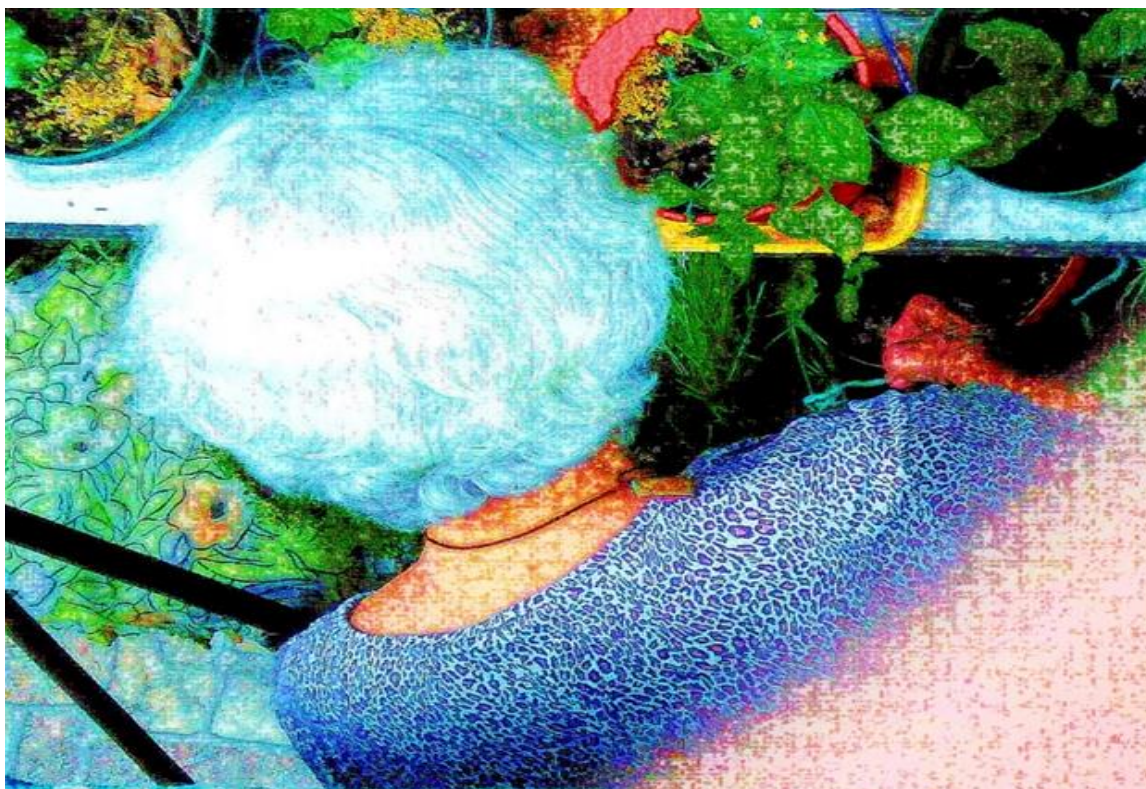
En los relatos sobre los seres de la naturaleza y las montañas y cerros, es notorio que hay una facultad de estos de protegerse a sí mismos. Esto, solo persisten en la memoria sus relatos mitológicos. Estas defensas espirituales se levantan contra el mundo de afuera, alterando para ellos la dinámica de poder. Si se piensa desde la idea de identidad ligada al territorio, el centro estaría en la tierra de ellos, en la Quintana mítica. Todo lo demás sería una periferia que ha perdido el contacto con lo esencial, con esa ontología relacional que crea comunidades, identidades y nociones de protección del territorio.

En tercer lugar, resulta fundamental hablar de los abuelos, aquellos conservadores de la tradición oral. Los abuelos de Quintana, con sus historias de cuidado a la naturaleza, se convierten en duendes protectores. Replicando estas míticas historias los ayudamos y nos convertimos en ellos; imitamos y aprendemos a ser duendes o figuras míticas, protectores del bosque. En el mundo contemporáneo, es necesario recuperar la figura del narrador, pero ¿cómo hacerlo? Algo evidente es que los niños van perdiendo progresivamente su interés por estas tradiciones.

Sin embargo, la figura del abuelo narrador en torno al fuego es importante. Siempre recuerdo a mi abuela en este sentido. Más tras la pandemia, cuando quise volver a Quintana y la realidad me golpeó directamente cuando me di cuenta que muchos de los que estaban ya no están, que el presentimiento que tuve aquel día se hacía hoy realidad. Seres que ahora no están, y con ellos se va un legado oral irrecuperable.

Figura 48

Abuela Yolanda



Nota. Elaboracion propia

A veces me hago a un lado del presente y recuerdo estar mirando a esa mujer de blanca cabellera. Yo la espiaba desde el gran ventanal de mi cuarto mientras ella estaba hablándoles a sus matas. Al vaivén de sus manos arrullaba los retoños de los tallos que se cobijaban con notas de boleros y pasillos que llenaban la casa de todos. Ella contemplaba su pasado imbuyéndose en la sábila de sus plantas; a veces lloraba con esas flores trayendo nostalgias de sus ayerés. Ella llenaba la casa de música, pero esa casa ahora cerró sus puertas, y Yolanda, como muchos abuelos, hoy no están.

Volver a Quintana y ver la casa de la abuela cerrada es uno de los momentos más desconsolados de la vida. Al cerrarse esa puerta, damos por acabados los encuentros con todos los miembros de la familia alrededor de la hornilla, se esfuman entre los bosques las historias de miedo compartidas con tíos, primos, nietos, padres, hermanos.

Figura 49

Vacaciones familiares en los años noventa



Imagen 48: vacaciones familiares años 90

Fuente: álbum familiar.

En cuarto lugar, surge una categoría que no se había contemplado en su totalidad: la familia. Durante el recorrido, me parecía importante analizar la cercanía al hogar y al fuego, como lugares de enunciación propicios para los relatos. Sin embargo, con la pandemia, estos lugares fueron desplazados completamente, y lo que quedó fue la familia. El compartir recuerdos de lo que fue. Ni siquiera hace falta salir a otro lugar: estar en la casa de los abuelos es lo que toda la familia necesita para ser feliz. Una masita y un vaso de aguapanela caliente eran el manjar más exquisito. Cuesta aceptar que esto tuvo una fecha final, que hoy todo está cubierto de hierba que retorna a su lugar, que las risas del duende entre los matorrales serán un recuerdo ido de tiempos mejores. Cerrar la casa de familiar es decir adiós a una jigra llena de recuerdos, a una piedra rayo que se esfumo en el recuerdo, es despedirse de la emoción de llegar a la cocina y verla a ella atizando el fogón. Yolanda ya no está pero su recuerdo y el de los abuelos de Quintana, serán otras de las hermosas historias de la gente de montaña que amaron la naturaleza y su legado de conservación está presente en cada parte del bosque, en cada ave que abre sus alas al infinito, en cada hongo que florece y en cada niño que sonrío al recordar una historia de sus abuelos.

Figura 50*Casa de los abuelos*

Nota. Elaboración propia.

Por último, queda la reflexión de una viajera entre dos mundos. Una cultura existe en la medida en que existe un territorio. La división entre cultura y territorio se da mediada por una noción de despojo colonizante donde existe el sujeto frente al objeto en que se explota. Se deja de lado el sentir y el habitar heredado de nuestros abuelos. De acuerdo a esto, no pretendo clasificar a los pueblos que generan el mosaico del paisaje del resguardo de Quintana, ni agrupar sus relatos en una colección comercial que termine siendo una lectura pasajera en las ciudades. Por el contrario, el objetivo es fomentar el caminar, el recorrer las montañas vivas de Quintana para traer la memoria. En ellos, tejer la trama de la vida y entender su visión desde una periferia reivindicada.

Por otra parte, promover la protección de estos lugares. La tierra de montaña es la génesis del recurso hidrográfico de Popayán, además del hogar de muchas especies que comparten con nosotros esta casa común. Hoy se encuentran en riesgo por la expansión de la frontera agrícola y pecuaria por el inadecuado manejo de los residuos sólidos, y por la contaminación de los ríos, además de la tala indiscriminada para la extracción ilegal de maderas nativas (principalmente robles), las quemas (incendios forestales) que para el año 2015 generaron la muerte de una cría

de oso de anteojos (especie en peligro de extinción), y la desaparición de árboles nativos, entre otras especies. Estas son algunas de las causas de la transformación y destrucción de hábitats y ecosistemas naturales, además del creciente turismo desordenado, que se ha generado en esta vereda en los últimos años que ha producido problemas de índole ambiental y social, disponiendo de lugares únicos y delicados para un consumo rápido destruyendo consigo fauna y flora de la región. Es por esto que es fundamental que esta visión de dos mundos se comparta, para que desde la comprensión y el dejar ser, la tierra de Quintana pueda persistir en la memoria de los abuelos y en la experiencia de sus hijos.

Figura 51

Somos gente de montaña



Nota, Elaboración propia.

Bibliografía

- Avendaño, S. (2015). Viajeros de paso por Popayán. Utopía Textos
- Bachelard, Gastón. (2000). La poética del espacio. Forndo de Cultura Económica.
- Benjamin, Walter (1991). El narrador. Taurus.
- Borja, J. (1998). Rostros y rastros del demonio en la nueva granada. Indios, negros, judíos, mujeres y otras huestes de Satanás. Editorial Ariel.
- Collado Herrera, M. del C. et al (1994). ¿Qué es la historia oral? en La historia con micrófono: textos introductorios a la historia oral. En (1.^a ed.). Instituto Mora. Mexico.
- Escobar Arturo, (2015). *Sentipensar con la Tierra*, Medellín, Ediciones UNAULA.
- Faust, X. F. (2017). Conceptos y prácticas médicas de ruana (1st ed.). Universidad del Cauca.*
- Portela, Hugo (2019). El pensamiento de las aguas de las montañas: coconucos, guambianos, paeces, yanaconas. Universidad del Cauca.
- Federici, S. (2010). *Caliban y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria* . Traficantes de sueños.
- García, José Luis, (1976). Territorialidad humana. Madrid: Taller de Ediciones Josefina Bentancor.
- García, José Luis, (1976). Territorialidad humana. Madrid: Taller de Ediciones Josefina Bentancor.
- Haesbaert Rogério, (2011). El mito de la desterritorialización: del “fin de los territorios a la multiterritorialidad”. Mexico: Siglo XXI Editores, S.A.
- Heidegger, Martín. (2011). Por qué permanecemos en provincia. En: *Cabañas para pensar*. Fundación Luis Seoane.
- https://www.researchgate.net/publication/314134433_Manual_de_las_medidas_de_adaptacion_a_l_cambio_climatico_practicadas_por_los_campesinos_de_Asocampo_de_la_cuenca_Rio_Las_Piedras_Un_resumen_visual_de_las_medidas_de_adaptacion_local_frente_al_cam_bio_cl consultado el 25 de mayo.
- Idepac (2011), Los campesinos y las Zonas de Reserva Campesina. Idepac, Bogotá.

Institución educativa del resguardo de Quintana. Reseña histórica del resguardo y por ende de la institución tomado de <https://institucioneducativaresguardodequintana.wordpress.com/historia/> el 1 de oct de 2022

Julián, Antonio. (1994). La Monarquía del Diablo en la Gentilidad del Nuevo Mundo Americano. Instituto Caro y Cuervo.

Lame, Manuel Quintín. 2004 “Los pensamientos del indio que se educó dentro de las selvas colombianas”, en Cristóbal Gnecco (editor), Universidad del Cauca.

Le Breton, David.(2022). Elogio del caminar. Editorial Siruela.

Macfarlane, R. & Parrado, M. S. (2019). La montaña viva (Libros salvajes) (Spanish Edition) (1.ª ed.). Errata Naturae EditoresMadrid España. pp 103-104.

Martí, José. (2010). Obras Completas. Fondo de Cultura económica.

Mignolo, W. (2010). Desobediencia epistémica: Pensamiento Independiente y Libertad Decolonial. Revista de Estudios Críticos, pp. 1-33.

Nates Beatriz, (2002) De lo bravo a lo manso territorio y sociedad en los Andes (Macizo Colombiano) Disponible en Internet en https://digitalrepository.unm.edu/cgi/viewcontent.cgi?referer=https://www.google.com.co/&httpsredir=1&article=1087&context=abya_yala consultado el 26 de septiembre de 2020

Ong, Walter. (2016). Oralidad y Escritura Tecnologías de la Palabra. Fondo de Cultura económica.

Ospina, William (2019). Guayacanal. Penguin Random House Grupo Editorial S.A.S.

Ricoeur, Paúl (1998) “¿Qué es un texto?”, en. Lingüística y Literatura no. 33, Universidad de Antioquia. Pp. 86-105.

Sack, Robert David (1986), Human territoriality: its Theory and History, CambridgeUniversity, Cambridge.

Saramago, J. (2001). El evangelio según Jesucristo. Alfaguara.

Susan Sontag tomado de <http://www.dorle-schimmer.de/pages/espaF1ol/exposiciones-2006---2010/dibujar-memoria.php>

Wallerstein, Immanuel (1979). El moderno sistema mundial. Siglo XXI Editores.